CuadMon 155 (2005) 473-550

FUENTES

LOS CUATRO LIBROS DE LOS *DIÁLOGOS* DE SAN GREGORIO MAGNO (540-604)

LIBRO CUARTO[1]

1. Introducción[2]

En las introducciones precedentes a los tres primeros libros de los *Diálogos* de san Gregorio, hemos podido bosquejar el marco general de los cuatro libros y para ellos señalamos la importancia que reviste este último libro.

En efecto, Gregorio construye los *Diálogos* como una gran inclusión en torno al Paraíso perdido del monasterio, el cual como Papa añora y que ahora vuelve a encontrar bajo el Misterio Eucarístico, gracias al cual el cristiano puede encontrar esas puertas abiertas para vivir ya en esta vida del torrente de las delicias que brotan de la Mesa eucarística. Pero, como dice Gregorio, con ello no basta. Debemos *imitar lo que celebramos* (*IV Dialog*. LXI). Y los santos que nos presenta son los principales testigos de esa realidad, manifestando ya en esta vida, virtudes que son propias de la vida en el cielo.

Y es en este IV Libro que Gregorio presenta la teología de la Eucaristía que le dará el lugar privilegiado que hasta el día de hoy juega en la vida litúrgica de la Iglesia, como fuente y culmen del misterio cristiano.

Con estas líneas generales vamos a tratar de puntualizar ciertos aspectos de esta doctrina que hacen a la riqueza tan particular que tiene esta obra de Gregorio.

2. Gregorio y la teología monástica medieval

Para Gregorio, la Eucaristía es *el sacramento* de la presencia de Cristo por antonomasia, presencia que va abarcando cada vez más aspectos de la vida cotidiana de quienes lo celebran e imitan con sus vidas.

Hemos señalado ya que, gracias al testimonio de los manuscritos, se puede afirmar que el libro de los *Diálogos* es la obra más leída por los monjes medievales. Ese período que abarca desde los monjes carolingios hasta el siglo de san Bernardo, es el que ve formarse la llamada teología monástica que toma distancia de la teología de las universidades que presentan el Misterio de Cristo dentro de un contexto de polémica y abstraído de la vida misma del cristiano.

Frente a ello los monjes presentan un enfoque de la teología que encontramos explicitado al comienzo de este IV Libro de los *Diálogos*: sólo se sabe, se conoce verdaderamente aquello de lo que se ha hecho experiencia en la vida. Este principio es muy importante y reviste muchos aspectos.

En primer lugar, Gregorio lo refiere a las cosas de Dios de las que por el pecado el hombre ha dejado de ser familiar y por eso mismo las ha olvidado y llega a pensar que no existen. Y no se trata de simples promesas, sino de cosas que el hombre ha conocido y hecho experiencia de ellas en el mismo Paraíso.

Esta situación misma señala el camino a recorrer por la gracia y el que recorren los personajes que presenta Gregorio en sus *Diálogos*. Ese conocimiento que tienen por experiencia de las cosas de Dios, hace que se verifique en ellos el gran lema de la gnosis cristiana: sólo se sabe y conoce lo que se padece. Y ello no es otra cosa que la Cruz de Cristo. Gregorio ve en ese final terrible del siglo VI italiano, acosado por los godos arrianos, los terremotos y tempestades naturales, las maldades de los hombres y muchas veces de los mismos miembros de la Iglesia

---

[1] Para la traducción de los libros precedentes ver: *CuadMon* 152, 153 Y 154.

[2] Introducción y notas del abad Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina).

unos contra otros (como el sacerdote Florencio contra el siervo de Dios Benito, o monjes de conducta depravada); todos ellos son redimidos por la conducta de estos hombres ilustres que cargan con la Cruz de Cristo en favor de sus contemporáneos. Si, como hemos dicho, el hilo conductor de esta obra es la Eucaristía, tal como se presenta al final de este IV Libro que hoy presentamos, su modo de hacerse presente en la vida de los cristianos es por medio de la Cruz, signo por excelencia de Cristo.

Es de esa experiencia de vida, de esa *lectio divina* y cristiana de los acontecimientos que se desarrollan a lo largo de la historia de la salvación, que brota la teología monástica de Gregorio, teología que lleva al cristiano hasta el pie del Misterio de la Cruz. Es esa teología la que encarna el principio gregoriano que dice: *la Escritura crece con quien la lee* (*In Ezechielem* I,1, *Homil.* 7,10). Esto significa no sólo que el crecimiento en la vida de la fe va abriendo los ojos a dimensiones cada vez más profundas de la Palabra de Dios, sino también que cada santo aporta una luz nueva sobre las Escrituras que sólo él podía sacarla a luz. Y por eso mismo las Escrituras mismas crecen. No se trata de darle simplemente una interpretación nueva. Se trata de penetrar en nuevos niveles textuales que sólo el Espíritu podría iluminar.

3. La Eucaristía y la presencia de la humanidad de Cristo entre los hombres: los santos

En la Introducción al Libro I de los *Diálogos*, hemos señalado el papel que juega el milagro en la obra de Gregorio. Ahora vamos a añadir una consideración del milagro como prolongación de los efectos salvíficos de la humanidad del Salvador. Y esa humanidad es la que se hace presente en la consideración sacramental de la presencia de Cristo. Este dato es muy importante y muy impactante para el lector de los *Diálogos*. Por todas partes la gracia de Cristo sigue actuando a través de su humanidad visible y sensible en los sacramentos, visible y sensible en los santos de la Iglesia.

La cultura cristiana del siglo XX tiende a reducir la presencia de Cristo a un aspecto puramente espiritual. Sin embargo esta forma de pensar no hace justicia al misterio de la Encarnación y su presencia eucarística.

Gregorio concibe la Eucaristía como el sacramento por excelencia de la presencia de Dios entre los hombres. En ella actúa la humanidad del salvador haciendo visible a los hombres la divinidad del Redentor. Ahora bien, esa presencia en el culto, en la liturgia eucarística, se prolonga en el día a día de la vida de los cristianos y de la Iglesia, y el modo más directo de esa presencia sensible son los santos y sus milagros. Una pregunta del diácono Pedro permite a Gregorio hacer esta afirmación muy clara:

> *PEDRO: Es verdaderamente admirable que un hombre, por más venerable y santo que fuera, viviendo aún en esta carne corruptible, haya podido absolver a unas almas que ya se hallaban ante el tribunal invisible.*
>
> *GREGORIO: ¿Acaso, Pedro, no vivía aún en esta carne aquel que oía las palabras: "Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo" (Mt 16, 19)? Este poder de atar y desatar lo poseen ahora aquellos a quienes incumbe la dirección espiritual en virtud de su fe y sus costumbres. Mas para que el hombre terreno pueda tener un poder tan grande, el Creador del cielo y de la tierra vino desde el cielo. Y para que la carne pueda juzgar también a los espíritus, Dios hecho carne a causa de los hombres se dignó concederle este poder. Así nuestra debilidad se elevó por encima de sí misma, porque la fuerza de Dios se hizo débil por debajo de sí (Dialog. II,6).*

Pedro se admira de que esta *carne corruptible* pueda ser lugar de la presencia de Cristo y su poder de atar y desatar. Y la respuesta de Gregorio es terminante: Si Dios se hizo carne por nosotros, ¿cómo la humanidad del hombre no puede ser portadora de la gracia del Salvador?. La humanidad de los santos, es presencia sensible y visible de Cristo entre los suyos, celebrada en la Eucaristía. La fuente de esa vida nueva en los hombres son los sacramentos, concretamente el

Bautismo y la Eucaristía. Esta equivalencia entre el Misterio litúrgico y su presencia sensible entre los hombres dan pie a la narración de este otro episodio de la vida de san Benito:

> *Pero Dios omnipotente quiso que Román descansara ya de su tarea, y que la vida de Benito se diera a conocer como ejemplo a los hombres, a fin de que la luz puesta sobre el candelero resplandeciera e iluminara a todos los que están en la casa. Cierto presbítero que vivía lejos de allí, había preparado su comida para la fiesta de Pascua. El Señor se le apareció en una visión y le dijo: "Tú te estás preparando manjares deliciosos, y en tal lugar mi siervo se ve atormentado por el hambre". En seguida el presbítero se levantó, y en la misma solemnidad de Pascua, se puso en marcha hacia aquel lugar con los alimentos que se había preparado. Buscando al hombre de Dios a través de montañas escarpadas, valles profundos y de las hondonadas de aquellas tierras, lo encontró escondido en la cueva.*
> *Rezaron juntos y bendijeron al Señor omnipotente, se sentaron y después de agradables coloquios sobre la vida eterna, el presbítero que había ido, le dijo: "Levántate y comamos, porque hoy es Pascua". El hombre de Dios le respondió: "Sé que es Pascua, porque he merecido verte". Es que, viviendo alejado de los hombres, ignoraba que aquel día era la solemnidad de la Pascua. El venerable presbítero siguió insistiendo: "Ciertamente, hoy es el día pascual de la resurrección del Señor. De ninguna manera te conviene seguir ayunando, ya que he sido enviado con el fin de que juntos comamos los dones del Señor omnipotente". Bendiciendo entonces a Dios, tomaron el alimento. Y así, terminada la comida y la conversación, el presbítero regresó a su iglesia (I Dialog. I,6).*

Esta natural prolongación del Misterio Pascual y su presencia en los hombres justos hacía que estos santos que presenta san Gregorio tuviesen una actitud de fe en la presencia sensible de Cristo que el hombre del siglo XX puede creer exagerada.

Es más, esta presencia continua de Cristo en sus santos es la que debe llevar a todo cristiano a afirmar lo que decía el mismo san Pablo: *Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mi* (*Ga* 2,20). Si bien Gregorio no hace esta cita en los *Diálogos*, lo dice de otro modo. En efecto, en el justo, en quien vive Cristo, está el espíritu de todos los otros santos personajes de las Escrituras:

> *PEDRO: Lo que cuentas es admirable y totalmente asombroso. Pues el agua que manó de la piedra, recuerda a Moisés (cf. Nm 20, 7ss), el hierro que volvió desde lo profundo del agua, a Eliseo (cf. 2 R 6, 5ss), el caminar sobre las aguas, a Pedro (cf. Mt 14, 28s), la obediencia del cuervo, a Elías (cf. 1 R 17, 4ss), y el llanto por la muerte del enemigo, a David (cf. 2 S 1, 11ss). Por lo que veo, este hombre estuvo lleno del espíritu de todos los justos.*
>
> *GREGORIO: Pedro, el hombre del Señor Benito tuvo el espíritu del Único que por la gracia de la redención cumplida llenó los corazones de todos los elegidos. Es Él de quien Juan dice: "Era la luz verdadera que al venir a este mundo ilumina a todo hombre" (Jn 1, 9), y también: "De su plenitud todos nosotros hemos recibido" (Jn 1, 16). Porque los santos obtuvieron de Dios el poder de obrar milagros, pero no el de transmitirlo a los demás. En cambio, el que prometió dar a sus enemigos la señal de Jonás pudo conceder a sus fieles estas señales milagrosas (cf. Mt 12, 39; 16, 4). En efecto, se dignó morir delante de los soberbios, pero resucitó delante de los humildes, de modo que los unos vieron en Él un ser despreciable, y los otros al objeto de su amor y veneración (cf. Jn 19, 37; Za 12, 10). En virtud de este misterio se sigue que mientras los soberbios ven el aspecto ignominioso de la muerte, los humildes reciben la gloria de un poder sobre ella (cf. Lc 1, 50ss). (Dialog. II,VIII, 8-9)*

Sin embargo san Gregorio sabía muy bien que esa presencia de Cristo en los santos, que realiza la presencia de Cristo en la Eucaristía, es un signo sacramental que sólo puede ver el ojo de la fe, es decir, la presencia del mismo Espíritu en quien lo contempla. Veamos otro ejemplo que lo hará más claro:

> *El hombre de Dios llegó al monasterio, y a la hora fijada, concluida la salmodia, los hermanos se aplicaron a la oración. Entonces observó que un negrito arrastraba hacia fuera por el borde del vestido, a aquel monje que no podía permanecer en la oración. Benito, al ver esto les dijo secretamente al Padre del monasterio, de nombre Pompeyano, y al servidor de Dios Mauro: "¿No ven quién es el que arrastra hacia afuera a este monje?". A lo que ellos respondieron: "No". Les dijo: "Recemos, para que también ustedes vean a quién sigue este monje". Después de haber orado durante dos días, el monje Mauro lo vio, pero Pompeyano, el Padre del monasterio, no pudo verlo.*
> *Al día siguiente, terminada la oración, el hombre de Dios salió del oratorio, sorprendió al monje que estaba afuera, y para curar la ceguera de su corazón lo golpeó con una vara. A partir de aquel día, el monje ya no sufrió de ningún modo el engaño del negrito, sino que permaneció sin moverse durante la oración. Así, el antiguo enemigo ya no se atrevió a influir en su imaginación, como si él mismo hubiera recibido el azote (II Dialog. IV, 2-3).*

Indudablemente para Gregorio el Misterio de la Encarnación no sólo había inaugurado esa presencia visible de Cristo objetiva en medio de la Iglesia, sino también había hecho de la fe algo más que una simple creencia en Dios. La fe que predican y conocen estos hombres es la fe en la presencia de Cristo en los sacramentos, en sus vicarios (Papas, Obispos, abades, enfermos, presos, pobres, etc.) y en los santos. Ellos concebían una suerte de cadena sacramental que podría esquematizarse así: la humanidad de Cristo visible es la presencia de Dios invisible, los sacramentos visibles son signos de la humanidad de Cristo invisible, y los bautizados, que han sido marcados por el sacramento del bautismo, son portadores de esa presencia.

4. La Encarnación y la teología sacramental de san Gregorio Magno

En los orígenes la fiesta de Pascua era la fiesta de todo el misterio cristiano: encarnación, pasión, resurrección, ascensión, venida del Espíritu Santo[3]. San Gregorio conserva esa perspectiva, lo que le da a sus enseñanzas una riqueza cuya característica es esa misma unidad en la concepción del Misterio de Cristo y su presencia en la Iglesia. Pero también respecto de los sacramentos Gregorio conserva la perspectiva considerada por O. Casel[4] como la más antigua y originaria de los mismos. En efecto, para Gregorio los sacramentos son imagen, símbolo, misterio, por su parte visible, no por su contenido invisible. Inmediatez, objetividad, visibilidad, pertenecen entonces a la esencia de los sacramentos. Así son verdaderos símbolos, verdaderos sacramentos. Y, para hacer más clara esta afirmación, es bueno comparar con la teología del ícono, tan difundida hoy. Los iconos y los sacramentos no son meras imágenes sino Cristo mismo; en el símbolo se da la posibilidad de comprender lo divino. Sólo esta perspectiva hace que tome tal importancia la humanidad del santo en los *Diálogos* de san Gregorio. Tal vez ello explique la presentación de escenas como la que sigue:

> *GREGORIO: Un día, uno de sus monjes, muy joven, que amaba a sus padres excesivamente, se fue a casa de ellos, luego de haber salido del monasterio sin la bendición. El mismo día que llegó, murió y fue enterrado. Al día siguiente,*

---

[3] Cf. DANIELOU, J., *"Sacramentos y culto según los Santos Padres"*. Madrid 1964, 365: "Así aparece en las más antiguas homilías de Melitón y de Hipólito. De ello se hace eco en el s. IV, Gregorio de Nacianzo: *Tal es la fiesta que hoy celebras, pues, el nacimiento del que nació por ti y llora la muerte del que murió por ti*".

[4] Tomamos las siguientes afirmaciones de la introducción que hace A. GRILLO a la traducción del libro póstumo de O. Casel: *Glaube, Gnosis und Mysterium,* en GRILLO A., *Fede, Gnosi e Mistero.* Padova 2001, XI-XXXVI.

apareció su cuerpo fuera del sepulcro. De nuevo intentaron enterrarlo; al otro día lo encontraron otra vez, como la víspera, rechazado y privado de sepultura.

2. Acudieron entonces rápidamente a los pies del Padre Benito, y le pidieron con fuertes sollozos que se dignara concederle su gracia. En seguida, el hombre de Dios les entregó la comunión del Cuerpo del Señor y les dijo: "Vayan y pongan el Cuerpo del Señor sobre su pecho y entiérrenlo". Así lo hicieron, y la tierra retuvo el cuerpo y no lo rechazó más.

Ya ves, Pedro, cuál no sería el mérito de este hombre ante el Señor Jesucristo, que hasta la tierra rechazaba el cuerpo de aquel que no tenía el favor de Benito.

Indudablemente en estas afirmaciones hay una gran radicalidad en la comprensión del misterio de la Encarnación. Se trata del contacto del Cuerpo de Cristo con el cuerpo del difunto pecador. Detrás de esta concepción de la presencia sensible de Cristo obrando en los santos y en los sacramentos está la que Gregorio extiende al tipo de milagros que describe: sanaciones, curaciones, resurrección de cuerpos, etc.

Pero esto nos lleva a señalar otro tipo de afirmaciones que hace Gregorio en este IV Libro de los *Diálogos*. Y se refiere a ese encuentro del cristiano con Cristo, después de la muerte.

5. La Encarnación y la humanidad del monje transfigurada

Dado el lugar que ocupan en este IV Libro afirmaciones acerca de la vida futura en el cielo, la inmortalidad del alma y la contemplación final de Cristo, creemos conveniente resaltar ciertas afirmaciones de Gregorio que no dejan de sonar como asombrosas en nuestra mentalidad moderna. En efecto, respondiendo a una pregunta del Diácono Pedro acerca del encuentro final de las almas con Cristo se produce este cruce de sentencias que creemos vale la pena reproducir íntegramente. Gregorio responde a si las almas de todos los justos son recibidas inmediatamente en el cielo después de la muerte:

GREGORIO: No podemos afirmar esto de todos los justos ni negarlo de todos. Porque existen ciertas almas justas que todavía están separadas del reino de los cielos por algunas etapas. Esta condena a una demora da a entender que les ha faltado algo para alcanzar la perfecta justicia. Por otro lado consta con absoluta claridad que las almas de los justos perfectos, apenas han salido del encierro de esta carne, son recibidas en la patria celestial. El que es la Verdad, lo atestigua: "Donde está el cuerpo, allí se reunirán las águilas" (Mt 24, 28). Porque donde se halla corporalmente nuestro Redentor, allí sin ninguna duda se congregarán las almas de los justos.

2. Y Pablo "desea irse para estar con Cristo" (Flp 1, 23). El que cree que Cristo está en el cielo, no puede negar que el alma de Pablo también está en el cielo. El Apóstol dice respecto de la destrucción de su cuerpo y de su existencia en la patria celestial: "Nosotros sabemos que si esta tienda de campaña –nuestra morada terrenal– es destruida, tenemos una casa permanente en el cielo, no construida por el hombre, sino por Dios" (2 Co 5, 1).

3. PEDRO: Entonces, si las almas de los justos ya están en el cielo, ¿qué van a recibir, en el día del juicio, como premio de su justicia?

GREGORIO: Su ganancia en el juicio consiste en que ahora gozan solamente de la bienaventuranza del alma, pero después gozarán también de la del cuerpo. Así se alegrarán hasta en su misma carne, en la que han soportado por el Señor los sufrimientos y los tormentos. Sobre esta doble gloria está escrito: "En su tierra, poseerán el doble de la cuenta" (Is 61, 7).

4. Asimismo está escrito acerca de las almas de los santos, antes del día de la resurrección: "Entonces se le dio a cada uno una vestidura blanca y se les dijo que esperaran todavía un poco, hasta que se completara el número de sus compañeros de servicio y de sus hermanos" (Ap 6, 11). Los santos que tienen ahora una sola vestidura, tendrán dos en el juicio. Ahora gozan de la gloria solamente en su alma, pero a partir de aquel momento gozarán de la gloria en su alma y a la vez en su cuerpo.

Lo que conviene puntualizar es, en primer lugar, que dado el Misterio de la Encarnación, el encuentro con Dios en el cielo será un encuentro con Cristo, con la humanidad asumida por nuestro Redentor. Y, siguiendo la misma lógica de la Encarnación, el estado perfecto del hombre para ese encuentro y contemplación de Cristo, se dará recién cuando se encuentre nuevamente su alma unida a su cuerpo. Volviendo a las afirmaciones de O. Casel acerca de esta teología de los Padres. Para los Padres la vía hacia la divinidad pasa a través de la humanidad de Jesús, y de su imagen. De esta forma, la adoración en la imagen es superior a la adoración simplemente interior, espiritual porque es un anticipo (aunque incompleto) de la adoración que un día será cara a cara. Esta perspectiva sacramental alcanza su máximo cuando se la refiere a la visión final de Dios que realizará la vida bienaventurada: será la de Cristo en su humanidad, en la cual se verá totalmente presente la Divinidad del Padre, contemplado por los mismos ojos que contemplaron a Cristo en este mundo.

6. La Eucaristía y el Paraíso perdido de Gregorio

Sólo esta profunda fe cristológica de Gregorio puede hacer comprender entonces su añoranza del Paraíso que tenía en el monasterio y que ahora, como Papa, ve desde muy lejos. El Paraíso es un tema recurrente en la tradición monástica. Tal vez las reglas del siglo VI son muy sobrias al hablar del Paraíso debido a la prohibición de utilizar los textos apócrifos debida al llamado Decreto Gelasiano. La *Regla del Maestro* (530), por ejemplo, presenta al menos dos extensas descripciones del Paraíso, llenas de colorido y significación simbólica.

Ya desde la *Vita Antonii* el monje transformado por la ascesis del monasterio es presentado como viviendo en un Paraíso que conlleva la recuperación de la condición adámica y una profunda armonía con la naturaleza que vive sumisa y feliz al servicio del hombre que es como su protector y padre. De este modo ya no es sólo la humanidad del monje la que está transfigurada por el Misterio de la Eucaristía. Toda la creación queda revestida, en su misma condición visible y física, de la gloria futura. No se trata de un proceso que se reduce a lo puramente espiritual. Es la misma humanidad, por medio de la vida de los santos, que adquiere el carácter de suave instrumento de la voluntad de Dios.

Para finalizar esta presentación de los cuatro Libros de los *Diálogos* de san Gregorio Magno volvemos a preguntarnos cuál era el verdadero objetivo que tenía Gregorio para escribirlo. Indudablemente la situación que vivía Italia era decadente desde muchos puntos de vista y sujeta a todo tipo de crítica. Sin embargo gracias a la presentación que hace de la vida de estos santos del siglo VI, Gregorio logra ubicar nuevamente esa historia dentro de la economía de la salvación que se inició en el Antiguo Testamento, tuvo su cumplimiento en el Nuevo, en Cristo, y alcanza su plenitud en la vida de la Iglesia, tal como sucedía en ese siglo VI de Italia. La presencia de estos hombres de Dios son signos inequívocos de la presencia de Cristo en medio de los suyos. Sin embargo esa presencia siempre tiene como rasgo distintivo la Cruz y ella puede hacer pensar que se trata de una ausencia; pero Gregorio señala a esos mismos mártires de Italia como quienes redimen y hacen presente la salvación de Cristo en su época y en cada momento de la historia.

TEXTO

I .Lo eterno y lo espiritual no es aceptado por los hombres carnales, porque no conocen por experiencia lo que se les dice respecto de estas realidades

Cuando el primer padre del género humano fue expulsado de las alegrías del paraíso en razón de su culpa (cf. *Gn* 3), vino a la tristeza de este exilio y de esta ceguera que soportamos, porque echado fuera de sí mismo por el pecado, ya no pudo ver aquellas alegrías de la patria celestial que antes contemplaba. En el paraíso, el hombre se había habituado a saborear las palabras de Dios (cf. *Gn* 2, 16ss) y a comunicarse, en virtud de su pureza de corazón y de la elevación de su mirada, con los espíritus de los ángeles bienaventurados. Pero después de haber caído aquí abajo, se apartó de aquella luz espiritual que lo llenaba.

2. Nosotros, nacidos de su carne en la ceguera de este exilio, ciertamente oímos que hay una patria celestial, que sus ciudadanos son los ángeles de Dios, y que los compañeros de los ángeles son los espíritus de los justos llegados a la perfección. Pero todos los que son carnales, como no pueden conocer por experiencia estas realidades invisibles, dudan de la existencia de lo que no ven con sus ojos corporales. Esta duda, evidentemente, no pudo existir para nuestro primer padre porque, aunque excluido de las alegrías del paraíso, se acordaba de lo que había perdido puesto que él lo había visto. Pero los demás no pueden pensar ni recordar lo que han oído, porque ninguno tiene como aquél experiencia alguna ni siquiera de tiempos pasados.

3. Es como si una mujer embarazada fuera llevada a la cárcel y allí diera a luz un niño. Después de su nacimiento, el niño es alimentado y crece en esa cárcel. Si su madre acaso llega a hablarle del sol, de la luna, de las estrellas, de las montañas y los campos, de los pájaros que vuelan, de los caballos que corren, él, como nació y creció en la cárcel, no conoce sino sus tinieblas. Oye decir que estas cosas existen, pero como no las conoce por experiencia, desconfía de que existan en realidad. Así los hombres nacidos en la ceguera de su destierro, cuando oyen decir que existen bienes de suma perfección e invisibles, desconfían de que existan de verdad, porque conocen sólo estas ínfimas realidades visibles entre las que han nacido.

4. De aquí que el Creador de los bienes invisibles y visibles, el Hijo único del Padre, viniera para redimir al género humano y para enviar al Espíritu Santo a nuestros corazones. Así vivificados por El, creemos lo que todavía no podemos saber por experiencia. Por consiguiente, todos los que hemos recibido ese Espíritu, prenda de nuestra herencia, no dudamos de la vida de los seres invisibles.

5. Pero quienquiera que aún no se sienta firme en esta creencia, sin duda debe dar fe a las palabras de los mayores y creer a los que, gracias al Espíritu Santo, ya tienen la experiencia de lo invisible. Pues insensato es el niño si cree que su madre le miente cuando le habla de la luz, por el hecho de que él no conoce sino las tinieblas de la cárcel.

6. PEDRO: Me agrada mucho lo que dices. Pero quien no cree en las cosas invisibles es evidentemente un no creyente. Y este hombre sin fe, en razón de que duda, no busca la fe, sino el entendimiento.

II. Sin fe, ni aun el no creyente puede vivir

GREGORIO: Me atrevo a decir que sin fe ni aun un no creyente puede vivir. Porque si preguntara a un no creyente quién es su padre o quién es su madre, en seguida me respondería: "Tal hombre y tal mujer". Si de inmediato le preguntara si conoció el momento de su concepción o si vio cuando nacía, confesará que no supo ni vio nada de todo eso, y sin embargo cree lo que no vio. En efecto, afirma sin titubear que tuvo como padre a tal hombre y como madre a tal mujer.

2. PEDRO: Confieso que hasta ahora ignoraba que también los no creyentes tuvieran fe.

GREGORIO: También los no creyentes tienen fe, ¡pero sería de desear que la tuvieran en Dios! Porque si la tuvieran, ya no serían no creyentes. Por esta razón hay que refutarles su falta de fe, y por esta razón hay que llamarlos a la gracia de la fe, porque si respecto a su cuerpo

visible creen lo que no han visto, ¿por qué no creen en las cosas invisibles que corporalmente no pueden ser vistas?

3. En efecto, que después de la muerte de la carne el alma vive, lo hace patente la razón pero siempre que se recurra a la fe.

III. Han sido creadas tres clases de espíritus vitales.

Efectivamente, Dios omnipotente creó tres espíritus vitales: uno que no está cubierto de carne; otro que está cubierto de carne pero que no muere con la carne; y un tercero que está cubierto de carne y muere con la carne. Porque hay un espíritu que no está cubierto de carne: el de los ángeles; hay un espíritu que está cubierto de carne pero no muere con la carne: el de los hombres; y hay un espíritu que está cubierto de carne y muere con la carne: el de los animales domésticos y de todas las fieras salvajes.

2. El hombre por consiguiente ha sido creado en una posición intermedia, inferior al ángel y superior al animal. De esta manera tiene algo en común con el que está en lo más alto, y algo con el que está en lo más bajo, es decir, tiene la inmortalidad del espíritu con el ángel y la mortalidad de la carne con el animal, hasta que la gloria de la resurrección absorba la mortalidad de la carne, y la carne, adhiriéndose al espíritu, sea reservada para siempre, pues el espíritu, al adherirse a Dios, es reservado para Dios. Pero ni la carne de los réprobos perece completamente en los tormentos, ya que siempre desfalleciente, sigue subsistiendo a fin de que quienes han pecado por el espíritu y por la carne, viviendo siempre en cuanto a su ser, mueran sin fin en carne y en espíritu.

3. PEDRO: Todo lo que dices se acomoda al razonamiento de los fieles. Pero te pregunto, dado que estableces tal distinción entre los espíritus de los hombres y los de los animales, ¿qué debemos pensar de lo que dice Salomón: *Yo pensé acerca de los hombres: si Dios los prueba, es para que vean que no se distinguen de los animales, ya que una es la muerte del hombre y de los animales, e igual la condición de ambos* (*Qo* 3, 18s)? Y precisando aún más su sentencia, agrega con agudeza: *Como muere el hombre, así también mueren ellos. Todos tienen el mismo aliento vital, y el hombre no es superior a los animales* (*Qo* 3, 19). A estas palabras añade todavía la conclusión general: *Todo es vanidad. Todos van hacia el mismo lugar: todo viene del polvo, y todo retorna al polvo* (*Qo* 3, 19s).

IV. Cuestión de Salomón en la cual se dice: "Idéntico es el fin del hombre y de los animales"

GREGORIO: El Libro de Salomón en el que están escritos estos textos, se llama *Eclesiastés*. *Eclesiastés* significa propiamente "El Orador" (el que arenga). En su arenga expone una idea que reprime la sublevación tumultuosa de una multitud. Y como entre ellos hay diversas formas de pensar, el orador con sus argumentos, lleva a todos a esa única idea. Así este libro es llamado "El Orador", porque en él Salomón asume el pensamiento de una multitud tumultuosa, para decir en forma de preguntas, lo que tal vez una mente inexperta se siente inclinada a pensar. Pues en sus preguntas expresa casi tantas ideas cuantos son los diversos personajes que asume.

2. Pero el orador veraz, apacigua como con un gesto de su mano el tumulto general, y lleva a todos a una única idea, cuando al final del libro dice: *Escuchemos todos igualmente el fin del discurso: Teme al Señor y observa sus mandamientos. Esto es todo el hombre* (*Qo* 12, 14).

En efecto, si en este libro no hubiera asumido a muchas personas en su discurso, ¿por qué invitaría a toda la multitud a escuchar con él el final del discurso? Desde el momento que al final del libro dice: *Escuchemos todos igualmente*, atestigua que en sí mismo ha asumido a muchas personas y que no ha hablado solamente en su propio nombre.

3. Esta es la causa por la que algunas ideas son presentadas en este libro en forma de pregunta, y otras persuaden en forma de razonamiento; algunas han sido tomadas de un espíritu tentado y todavía entregado a los placeres de este mundo, y otras en cambio son expuestas conforme a la razón y apartan el ánimo de los deleites. En efecto, se dice en este libro: *Yo he comprobado esto: lo más conveniente es comer y beber y rebosar de alegría como fruto de su trabajo* (*Qo* 5, 17). Y mucho más abajo agrega: *Más vale ir a una casa donde hay duelo que asistir a un banquete* (*Qo* 7, 2).

4. Efectivamente, si es bueno comer y beber, parecería que es mejor ir a la casa del banquete que a la del duelo. Se ve por consiguiente que ha presentado la primera sentencia en nombre de los débiles y que, en cambio, ha agregado la segunda como un principio de razón. Porque de inmediato explica sus motivos y aclara respecto a la casa del duelo, en qué consiste su utilidad cuando dice: *Porque en ella se recuerda el fin de todo hombre, y el viviente reflexiona en lo que llegará a ser* (*Qo* 7, 2).

5. Además está escrito allí: *Alégrate, muchacho, en tus años juveniles* (*Qo* 11, 9), y poco después: *La adolescencia y el placer son cosas vanas* (*Qo* 11,10). Al condenar en seguida como vanidad lo que antes aparentemente ha aconsejado, indica con claridad que ha pronunciado las primeras palabras como procedentes de un deseo carnal y que, en cambio, ha agregado las últimas en forma de juicio conforme la verdad.

6. Así, expresando primero el deleite de los carnales, declara que posponiendo las preocupaciones es bueno comer y beber. Sin embargo, después desaprueba esta idea a causa de la lógica del razonamiento, diciendo que es mejor ir a la casa del duelo que a la casa del banquete. Y así como aconseja, aparentando hablar en nombre de los carnales, que el muchacho debe alegrarse en sus años juveniles, y sin embargo después argumenta con la precisión de una sentencia que la adolescencia y el placer son cosas vanas, del mismo modo nuestro Orador, haciéndose el intérprete de los débiles, también propone una sentencia de los hombres superficiales cuando dice: *Una es la muerte del hombre y de los animales, y los unos y los otros tienen la misma suerte. Como muere el hombre, así también mueren ellos. Todos tienen el mismo aliento vital, y el hombre no es superior a los animales* (*Qo* 3, 19).

7. No obstante, pronuncia a continuación su sentencia inspirada por la razón: *¿En qué aventaja el sabio al necio y qué ventaja tiene el pobre, sino que va allá donde está la vida?* (*Qo* 6, 8). El mismo que dijo: *El hombre no es superior a los animales*, declara a su vez que el sabio tiene algo superior no sólo al animal, sino también al hombre necio, puesto que *va allá donde está la vida.* Con estas palabras indica de entrada que la vida de los hombres no está aquí abajo, y atestigua que ella se encuentra en otra parte. Por consiguiente, el hombre tiene la ventaja respecto a los animales que éstos después de la muerte no siguen viviendo, mientras que él empieza a vivir cuando, por la muerte de la carne, llega al fin de esta vida visible.

8. Bastante más abajo dice: *Todo lo que esté al alcance de tu mano, realízalo al instante, porque no hay obra, ni proyecto, ni ciencia, ni sabiduría en el abismo adonde tú irás* (*Qo* 9, 10). ¿Cómo, entonces, sería idéntica la muerte del hombre y de los animales e igual la suerte de unos y otros, y cómo el hombre no tendría nada superior a los animales, teniendo en cuenta que los animales después de su muerte carnal ya no viven, y que en cambio las almas de los hombres, llevadas después de su muerte carnal hacia los abismos a causa de sus malas acciones, ni en su misma muerte pueden morir? Pero en estas dos sentencias tan diversas se demuestra que el Orador veraz ha propuesto la primera como derivada de la tentación de la carne, y la segunda como un principio de verdad espiritual.

9. PEDRO: Me alegro de haber ignorado lo que pregunté, así he tenido la ocasión de aprender minuciosamente lo que no sabía. Pero te ruego soportes con ecuanimidad si, como el *Eclesiastés*, me hago intérprete de los débiles. De este modo haciendo preguntas en su nombre, podré serles útil con mayor acierto.

10. GREGORIO: ¿Por qué no voy a soportar con ecuanimidad tu condescendencia para con la debilidad de tu prójimo?¿No dijo Pablo: *Me hice todo para todos, para salvar a todos* (*1Co* 9,22)? Del mismo modo tu condescendiente caridad se hace merecedora de un mayor aprecio, por cuanto imitas al eminente Orador.

V. Pregunta acerca del alma que sale invisiblemente: ¿Existe la que no puede ser vista?

PEDRO: Me sucedió una vez estar presente en la muerte de un hermano. De repente, mientras me estaba hablando, exhaló el último suspiro. Instantes antes lo había visto conversando conmigo, y súbitamente lo vi muerto. Pero su alma, ¿había salido o no? Yo no la vi, y me resulta muy duro tener que creer en la existencia de algo que nadie puede ver.

2. GREGORIO: ¿Por qué has de extrañarte, Pedro, de no haber visto el alma cuando salió, si tampoco la ves mientras que se halla en el cuerpo? En este momento mientras que estás hablando conmigo, ¿acaso crees, so pretexto de que no puedes ver mi alma dentro de mí, que estoy sin vida? La naturaleza del alma es invisible: ella sale del cuerpo de manera invisible, igual que habita en el cuerpo de manera invisible.

3. PEDRO: Pero yo puedo apreciar la vida del alma que está en el cuerpo, por los movimientos del cuerpo, porque si el alma no estuviera en el cuerpo, sus miembros no podrían moverse. En cambio, después de la muerte de la carne, ¿qué movimientos o qué actos me permitirán ver la vida del alma para poder concluir, por lo que veo, que existe lo que no puedo ver?

4. GREGORIO: No te es posible por esta vía de la analogía, sino por una vía contraria. Como la fuerza del alma vivifica y mueve el cuerpo, así también la fuerza de Dios llena la creación entera: a unos seres vivifica por inspiración, a otros les infunde la vida, a otros finalmente, sólo les concede la existencia.

Seguramente no dudas que Dios crea y rige, llena y envuelve, trasciende y sostiene, y que es incircunscripto e invisible. Tampoco has de dudar que El tiene sus servidores invisibles. Los que sirven, deben tratar de ser semejantes a aquel a quien sirven, y no habrá duda de que los que sirven a un ser invisible, sean a su vez invisibles. ¿Y quiénes son estos, según nuestra creencia, sino los santos ángeles y los espíritus de los justos? Del mismo modo que por la vista de un movimiento corporal estás concluyendo, a partir de este elemento inferior, que existe la vida del alma que se halla en el cuerpo, así también debes sacar la conclusión, a partir de un principio superior, que existe la vida del alma que sale del cuerpo. Ella puede vivir invisiblemente puesto que debe permanecer al servicio del Creador invisible.

5. PEDRO: ¡Muy bien todo lo que has dicho! Pero la mente se resiste a creer lo que no puede ver con sus ojos corporales.

GREGORIO: Cuando Pablo dice: *La fe es la garantía de los bienes que se esperan, y la plena certeza de las realidades que no se ven* (*Hb* 11, 1), afirma que se cree de verdad lo que no se puede ver. Porque lo que se puede ver no se cree.

6. Pero para orientarte con pocas palabras, te digo que ninguna cosa visible se ve sino mediante lo invisible. Tu ojo corporal percibe todos los objetos corpóreos, pero este ojo corporal no vería ningún objeto corpóreo sin que una acción incorpórea lo estimulara para poder ver. Saca el espíritu invisible, y el ojo que veía queda abierto sin ver nada. Quítale el alma al cuerpo: los ojos sin ninguna duda permanecerán abiertos en el cuerpo. Si podían ver en virtud de su propia fuerza, ¿por qué, habiendo salido el alma, ya no ven nada? Concluye por consiguiente, que las cosas visibles pueden ser vistas solamente por medio de las invisibles.

7. Supongamos que se construye una casa. Se levantan piedras inmensas, y se mueven grandes columnas con la fuerza de máquinas. Dime, por favor: ¿Quién realiza esta obra? ¿El cuerpo visible que con sus manos maneja estas moles, o el alma invisible que vivifica el cuerpo?

Quita en el cuerpo lo que no se ve, y en seguida se inmovilizarán todas esas masas de piedras visibles que se veían en movimiento.

8. Hay que pensar en consecuencia que, incluso en este mundo visible, nada puede ser dispuesto sino por una criatura invisible. Del mismo modo que Dios omnipotente inspira o llena todo ser razonable y vivifica y mueve los espíritus invisibles, así también estos seres invisibles llenan, mueven y dotan de sensibilidad los cuerpos carnales que pueden verse.

9. PEDRO: De buena gana me declaro vencido por tus argumentos. Casi me siento obligado a juzgar lo visible como cosa de nada, yo que antes como intérprete de los débiles dudaba de lo invisible. Por eso apruebo todo lo que estás diciendo. Pero de todos modos, así como admito, a causa del movimiento del cuerpo, la vida del alma que está en el cuerpo así también quisiera conocer la vida del alma después de la muerte corporal por medio de algunas pruebas patentes.

VI. Así como se reconoce la vida del alma en el cuerpo por los movimientos de los miembros, del mismo modo hay que admitir la vida póstuma del alma en los santos, en virtud del poder de sus milagros

GREGORIO: Acerca de este tema, si encuentro en ti un corazón dispuesto, no habrá ningún problema en probarlo.

¿Acaso los santos apóstoles y mártires de Cristo habrían despreciado la vida presente y entregado sus almas al morir en la carne, si no hubieran sabido que una vida más cierta se seguiría para sus almas?

Tú me dices que admites la vida del alma mientras que está en el cuerpo, a causa de los movimientos del cuerpo. ¡Y he aquí que estos santos que entregaron su alma en la muerte, y creyeron en la existencia de la vida de sus almas después de la muerte de la carne, siguen resplandeciendo día tras día por sus milagros! A sus cuerpos extintos se acercan los hombres enfermos y son curados; se presentan los perjuros y son atormentados por el demonio; llegan los posesos y son liberados; van los leprosos y son purificados; llevan a los muertos, y ellos resucitan.

2. Piensa entonces cómo será la vida de sus almas allí donde viven, puesto que ya aquí abajo sus cuerpos, aunque muertos, viven en virtud de tantos milagros. Si descubres la vida del alma que está en el cuerpo a causa del movimiento de los miembros, ¿por qué no consientes también en la existencia de la vida del alma separada del cuerpo, que por el poder de hacer milagros, se manifiesta hasta en los huesos muertos?

3. PEDRO: Nada se opone, me parece, a tu razonamiento. Lo visible nos obliga a creer en lo invisible.

VII. La salida del alma de su cuerpo

GREGORIO: Poco más arriba, te has quejado por no haber visto salir el alma de un moribundo. Pero ya ésta era una falta de tu parte, en cuanto quisiste ver con los ojos corpóreos una cosa invisible. La verdad es que muchos de los nuestros, purificando los ojos del espíritu con una fe profunda y una oración prolongada, han visto a menudo las almas saliendo de sus cuerpos. Por eso me veo ahora en la necesidad de explicar cómo estas almas en el momento de su salida han sido vistas, o lo que ellas mismas han visto al salir. Así, los ejemplos convencerán al espíritu vacilante, cuando el razonamiento no sea del todo suficiente.

VIII. La salida del alma de Germán, obispo de Capua

En el segundo Libro de esta obra, ya he contado que el venerable Benito –según me enteré por sus discípulos dignos de fe–, mientras se hallaba lejos de Capua, vio a medianoche el alma de Germán, obispo de aquella ciudad, cuando era llevada al cielo por los ángeles en un globo de fuego. Al contemplar a esta alma durante su ascensión, sintió dilatarse el interior de su espíritu y vio concentrado ante sus ojos, como en de un solo rayo de sol, todo el universo.

IX. La salida del alma del monje Speciosus

De la misma fuente, o sea por el relato de sus discípulos, me enteré que dos hombres nobles, dos hermanos, eruditos en las ciencias profanas y de nombre Speciosus y Gregorio, habían entrado en la vida religiosa bajo la regla de Benito. El venerable Padre los alojó en el monasterio que había construido cerca de la ciudad de Terracina. Ellos habían poseído grandes riquezas en este mundo, pero para conseguir la redención de sus almas, regalaron todo a los pobres y permanecieron en ese monasterio.

2. Speciosus fue enviado, para atender unos asuntos del monasterio, a las cercanías de la ciudad de Capua. Un día su hermano Gregorio, mientras comía sentado a la mesa junto con los hermanos, tuvo un éxtasis. Levantando la vista vio el alma de Speciosus, que se encontraba tan lejos de él, saliendo de su cuerpo. De inmediato se lo anunció a los hermanos y partió de prisa. Encontró a su hermano ya sepultado, y se enteró que su alma había salido del cuerpo a la hora en la que él lo había visto.

X. El alma de un recluso

Cuando yo estaba todavía en el monasterio, me contó un hombre piadoso y digno de todo crédito, que unos viajeros que se dirigían por barco desde Sicilia a Roma, estando en medio del mar, vieron que el alma de un servidor de Dios que había vivido como recluso en Samnio, era llevada al cielo. Al desembarcar averiguaron cuidadosamente acerca del hecho, y comprobaron que el servidor de Dios había muerto el mismo día en que ellos había advertido su subida al reino de los cielos.

XI. La salida del alma del abad Spes

Cuando estaba todavía en mi monasterio, me enteré por el relato de un hombre muy venerable, del siguiente hecho.

Decía que un Padre venerable, de nombre Spes, construyó unos monasterios en Cample, lugar situado a unas seis millas de la antigua ciudad de Nursia.

Dios omnipotente y misericordioso castigándolo lo protegió del tormento eterno. En su providencia le reservó una extrema severidad y a la vez gracias extremas. Le demostró cuánto lo había amado al castigarlo, cuando por fin lo curó completamente. Durante cuarenta años había cerrado sus ojos con las tinieblas de una ceguera constante, sin que luz alguna los entreabriese ni para la más mínima visión.

2. Pero nadie puede subsistir bajo sus golpes si le falta su gracia. Y si el Padre misericordioso que inflige el castigo no otorga la paciencia, pronto, a causa de la impaciencia, la corrección de los pecados aumenta nuestra falta, y lamentablemente, donde nuestra culpa podía esperar el perdón, allí recibe aumento. Por eso Dios al ver nuestra miseria, une a sus azotes la protección, y al herir en el momento presente es misericordiosamente justo con sus hijos elegidos, para poder luego hacerles misericordia con justicia.

Así, al afligir al venerable anciano con las tinieblas exteriores, nunca le quitó la luz interior. Este, al verse atormentado por un flagelo corporal, gozaba del consuelo del corazón gracias a la protección del Espíritu Santo.

3. Al término de cuarenta años de ceguera, el Señor le devolvió la luz y le anunció su muerte cercana. Le ordenó que predicara la palabra de vida en los monasterios que había construido en los alrededores, para que después de haber recibido la luz del cuerpo, iluminara en sus visitas los corazones de los hermanos. Obedeció al instante y recorrió las comunidades de los hermanos, predicando las enseñanzas de vida que había aprendido practicándolas.

4. Al cabo de quince días, una vez concluida la predicación, volvió a su monasterio. Allí convocó a los hermanos, y de pie en medio de ellos tomó el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, entonando a continuación con ellos el canto místico de los salmos.

Mientras que estaban salmodiando, él, atento a la oración, entregó su alma. Todos los hermanos presentes vieron salir de su boca una paloma que, después de pasar por el techo abierto del oratorio, ante la vista de ellos, penetró el cielo.

Si su alma apareció bajo la forma de una paloma, es de creer que Dios omnipotente, al presentarla de esta manera, quiso manifestar con qué simplicidad de corazón aquel hombre le había servido.

XII. La salida del alma de un presbítero de Nursia

Tampoco he de pasar por alto lo que el venerable abad Esteban, muerto recientemente en esta ciudad de Roma y a quien también tú has conocido bien, refería acerca de lo sucedido en la misma comarca de Nursia.

2. Contaba que allí un presbítero gobernaba con gran temor de Dios la iglesia que le había sido confiada.

A partir de su ordenación amaba a su mujer como a una hermana, pero guardándose de ella como de un enemigo. Nunca admitió que ella se le acercara demasiado, ni le permitió aproximarse bajo ningún pretexto. Había cortado de raíz toda relación familiar con ella.

Es que los santos tienen de particular este detalle: para hallarse siempre alejados de lo ilícito, se abstienen a menudo hasta de lo lícito. Por eso, para no contraer ninguna culpa a causa de ella, este hombre rechazaba ser servido por ella incluso en lo indispensable.

3. Este venerable presbítero, después de haber llegado a una edad avanzada, fue atacado gravemente, en el año cuadragésimo de su ordenación, por una fiebre ardiente que lo llevó a su fin. Su mujer, al verlo inerte y como rígido por la muerte, quiso saber si respiraba todavía y acercó con este fin la oreja a su nariz. Él se dio cuenta, y como aún tenía un levísimo aliento, hizo un esfuerzo por hablar, y en el fervor del espíritu encontró voz para lanzar estas palabras: “¡Aléjate de mí, mujer! Todavía arde una chispa. ¡Quita la paja!”.

4. Ella se retiró y él, recobrando fuerzas, se puso a gritar con gran alegría: “¡Mis señores son bienvenidos! ¡Mis señores son bienvenidos! ¿Cómo se han dignado venir a un servidor de ustedes tan insignificante? Ya voy, ya voy. ¡Gracias, gracias!”.

Repitió estas palabras muchas veces. Sus amigos que lo rodeaban, preguntaron a quién estaba diciendo esto. El les respondió extrañado: “¿Acaso no han visto cómo se han reunido aquí los santos apóstoles? ¿No ven a los bienaventurados Pedro y Pablo, los primeros de los apóstoles?”. Y volviéndose hacia ellos, repetía: “Ya voy, ya voy”. Con estas palabras entregó el alma, y al seguirlos, dio prueba de haber visto de verdad a los santos apóstoles.

5. A los justos les sucede muchas veces que en su muerte tienen la visión de los santos que los han precedido, a fin de que no los atemorice la dolorosa sentencia de su muerte y así, mientras que en su mente gozan de la compañía interior de los ciudadanos del cielo, se van separando de las ataduras de su carne sin la molestia del dolor ni del miedo.

XIII. El alma de Probo, obispo de la ciudad de Rieti

Sobre este tema, tampoco callaré lo que solía contarme Probo, el servidor de Dios que actualmente se halla en el monasterio llamado de Renato de esta ciudad, acerca de su tío paterno Probo, obispo de la ciudad de Rieti. Al acercarse el final de su vida, fue atacado por una enfermedad muy grave. Su padre, de nombre Máximo, envió a sus servidores a todos los lugares cercanos con el fin de convocar una consulta de médicos que tal vez podrían mejorar su mal. Los médicos reunidos de todos los pueblos de los alrededores, declararon al tomarle el pulso que su muerte sería inminente.

2. Como ya era la hora de la comida, y empezaba a hacerse tarde, el venerable obispo, más preocupado por la salud de ellos que por la suya propia, invitó a todos los presentes a subir con su anciano padre al piso superior del obispado, para restaurar sus fuerzas, después del trabajo. Todos subieron. Se quedó solamente un niño pequeño que vive todavía, según atestigua Probo.

3. El niño estaba allí, junto al lecho del enfermo. De repente vio cómo entraron y se dirigieron hacia el hombre de Dios un grupo de hombres ataviados de blancos. La luminosidad de sus rostros sobrepasaba la blancura de sus vestidos. Deslumbrado por la claridad de este resplandor, el niño empezó a gritar preguntando quiénes eran. A este grito también el obispo Probo se sobresaltó. Miró y reconoció a los que habían entrado y tranquilizó al niño que gritaba y sollozaba: "¡No tengas miedo! Han venido a visitarme los santos mártires Juvenal y Eleuterio".

4. Pero el niño, no pudiendo soportar una visión tan extraordinaria, huyó precipitándose afuera, y fue a informar al padre y a los médicos acerca de los hombres que había visto. Ellos bajaron de prisa, pero encontraron ya muerto al enfermo que habían abandonado, pues se lo habían llevado aquellos cuya visión no había podido soportar aquel niño que debía haber permanecido allí.

XIV. El tránsito de la servidora de Dios Gala

Al relatar esta clase de hechos, creo que no debo omitir lo que me comunicaron ciertas personas respetables y fidedignas.

En tiempos de los Godos una mujer joven de nombre Gala, oriunda de la mejor nobleza de nuestra ciudad e hija del cónsul y patricio Símmaco, había sido entregada en matrimonio aún adolescente, y en menos de un año quedó viuda. A pesar de que disponía en abundancia de los bienes del mundo, y la riqueza y la juventud la incitaban a casarse de nuevo, prefirió unirse a Dios mediante las bodas espirituales que se inician con dolor, pero que conducen a las alegrías eternas, antes que someterse a las bodas carnales que siempre comienzan en el gozo y terminan en el duelo.

2. Como tenía un temperamento ardiente, los médicos le dijeron que sin un nuevo casamiento le crecería la barba en contra de la naturaleza, a causa del excesivo calor de su sangre. Y así sucedió. Pero la santa mujer no se asustó por esta deformidad exterior, porque amaba la belleza interior de su esposo, ni se avergonzó de ser afeada en lo que su esposo celestial no amaba en ella.

3. Por eso, poco después de la muerte de su marido, ella se desprendió de la ropa secular y se entregó al servicio de Dios omnipotente en el monasterio que se halla junto a la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro. Allí se dedicó durante muchos años a la oración en la simplicidad del corazón, y se aplicó a dar abundantes limosnas a los pobres.

Cuando Dios omnipotente dispuso remunerar sus fatigas con el premio eterno, fue atacada por una úlcera cancerosa en el seno. Durante las noches, tenía siempre delante de su lecho dos candeleros con sus luces encendidas, porque siendo amiga de la luz, odiaba no sólo las tinieblas espirituales, sino también las materiales.

4. Una noche mientras que, ya sin fuerzas por su enfermedad, estaba acostada, vio al bienaventurado apóstol Pedro de pie ante su lecho, entre ambos candeleros. Ella no se asustó, sino al contrario su amor le infundió audacia, y desbordante de alegría le dijo: "¿Qué ocurre, Señor mío? ¿Es que me han sido perdonados mis pecados?". Y él, con su rostro bondadosísimo, inclinó la cabeza afirmativamente y dijo: "Sí, han sido perdonados. Ven".

Pero como en aquel monasterio había una religiosa a la que quería más que a las otras, añadió: "Te ruego que la hermana Benedicta venga conmigo". El respondió: "No, pero tal otra irá contigo. En cambio la que pides, te seguirá dentro de treinta días". Con estas palabras, la visión del apóstol de pie junto a ella y hablándole, desapareció.

5. Entonces, Gala hizo llamar de inmediato a la Madre de la comunidad y le hizo saber lo que había visto y oído. Tres días después, murió al mismo tiempo que la hermana que le había sido asignada. Y la que ella había solicitado, la siguió al cabo de los treinta días.

Este hecho se recuerda en aquel monasterio hasta el día de hoy, porque de este modo ha sido transmitido por las Madres precedentes. Y así suelen relatarlo con todos sus detalles las religiosas más jóvenes que viven en la actualidad, tal como si ellas personalmente hubieran asistido a un milagro tan grande.

XV. El tránsito del paralítico Sérvulo

Con respecto a estos hechos conviene saber que a menudo, cuando las almas de los elegidos abandonan sus cuerpos, suelen escucharse cantos de alabanzas celestiales. Los moribundos los escuchan con gozo, y así no llegan a percibir la separación del alma y de la carne.

2. Me acuerdo de haber contado ya en mis homilías sobre el Evangelio, que en el atrio por el que se accede a la iglesia del bienaventurado Clemente, vivía un tal Sérvulo a quien sin duda recordarás.

Era pobre, ciertamente, en cuanto a los bienes de este mundo, pero rico en méritos. Una larga enfermedad había arruinado su salud, así que desde que lo conocimos hasta el fin de su vida, yació allí paralítico. ¿Para qué decir que no podía mantenerse en pie, si nunca logró incorporarse de su cama ni siquiera para sentarse, si nunca pudo llevarse la mano a la boca ni darse vuelta para el otro lado?

3. Junto a él estaban su madre y su hermano para atenderlo. Todo lo que recibía como limosna, por mano de ellos lo distribuía a los pobres. No sabía leer, pero se había comprado los códices de la Sagrada Escritura y al recibir como huéspedes a los hombres de Iglesia, procuraba con diligencia que se los leyeran. Llegó así a aprender, dentro de sus posibilidades, toda la Sagrada Escritura, a pesar de que, como ya dije, ignoraba completamente el alfabeto. En medio de sus sufrimientos, se empeñaba siempre en mostrarse agradecido y en aplicarse día y noche a cantar los himnos y alabanzas de Dios.

4. Cuando llegó el tiempo en que su paciencia debía ser recompensada, el dolor de los miembros se extendió a los órganos vitales. Al sentir acercarse la muerte, llamó a los peregrinos que había recibido como huéspedes, para que se levantaran y cantaran junto con él los salmos, a la espera de la muerte. Mientras que el moribundo cantaba con ellos, de repente detuvo la salmodia con un grito de estupor: "¡Silencio! ¿No oyen cómo resuena el canto de alabanza en el cielo?". Y mientras que atendía con el oído de su corazón a esas voces que había percibido interiormente, su alma santa fue liberada de la carne.

5. Mientras salía, se esparció una fragancia tan exquisita que todos los presentes quedaron llenos de una dulzura indescriptible. Resultó patente que las alabanzas del cielo habían acogido a esta alma.

Uno de nuestros monjes que aún vive, estaba presente y suele atestiguar con gran emoción y lágrimas que, hasta el momento de la sepultura del cuerpo, no se dejó de sentir la fragancia de aquel perfume.

XVI. El tránsito de la servidora de Dios Rómula

Recuerdo que en esas homilías conté también un hecho que Speciosus, mi hermano en el sacerdocio, confirmaba cuando yo lo refería, pues él estaba enterado del particular.

En el tiempo de mi ingreso al monasterio, una anciana llamada Redempta y que llevaba el hábito monástico, vivía en nuestra ciudad junto a la iglesia de la bienaventurada María siempre Virgen. Había sido discípula de aquella Herundo que, notable por sus grandes virtudes, había llevado, según se comentaba, vida eremítica en las montañas de Preneste.

2. Redempta tenía dos discípulas, religiosas como ella, una llamada Rómula, y otra que aún vive y a quien conozco de vista, pero cuyo nombre ahora no recuerdo. Estas tres mujeres vivían en la misma casa llevando una vida rica en virtudes, pero pobre en bienes materiales.

Rómula superaba por los grandes méritos de su vida a la otra condiscípula que he mencionado. Tenía una paciencia admirable y una obediencia muy fiel, custodiaba su boca para guardar silencio y se mostraba muy cuidadosa en la práctica de la oración continua.

3. Pero a veces aquellos a quienes los hombres consideran ya perfectos, tienen todavía alguna imperfección ante los ojos del artífice supremo. Así nosotros como hombres inexpertos, mirando las estatuillas inconclusas del artesano, las alabamos como si fueran ya casi perfectas, mientras que su autor las revisa y corrige y a pesar de escuchar las alabanzas, no deja de retocarlas y mejorarlas. Rómula contrajo la enfermedad que los médicos llaman con una palabra griega "parálisis", y durante muchos años permaneció acostada en su lecho, perdiendo casi por completo el uso de sus miembros. Pero estas dolencias no pudieron suscitar en ella la impaciencia. Más bien su cuerpo debilitado acrecentó su virtud, porque se había perfeccionado en la práctica de la oración con tanta mayor solicitud, cuanto que ya le era imposible dedicarse a ninguna otra ocupación.

4. Una noche llamó a Redempta, de quien ya hablé, que era para sus dos discípulas como una madre: "¡Madre, ven! ¡Madre, ven!" Redempta acudió con la otra compañera. El hecho se hizo público por el doble testimonio de ellas y el de mucha gente. Yo mismo me enteré de él por ese mismo tiempo.

5. A medianoche, mientras que estaban junto al lecho de la enferma, de repente una luz celestial llenó toda la celda. Su esplendor era tan deslumbrante que sobrecogió los corazones de las presentes con un temor indescriptible. Como ellas después referían, todo su cuerpo se les endureció, y quedaron paralizadas de estupor. Comenzó a escucharse el ruido de una gran multitud que entraba, y la puerta de la habitación fue sacudida como si fuera a ser derribada por una marea humana. Ellas oían, según dijeron, a esa multitud que entraba, pero no podían verla a causa del exceso del temor y de la luz, ya que el miedo las obligaba a bajar los ojos y la intensidad de la luz las cegaba. A esta luz le subsiguió de inmediato la fragancia de un perfume maravilloso cuya suavidad las reanimó, después del terror experimentado a causa de la intensidad de la luz.

6. Pero la fuerza de la claridad se hacía intolerable. Rómula trató de consolar a su maestra Redempta que le asistía temblorosa, y le dijo con voz suave: "No temas, Madre. No voy a morir en seguida". Mientras decía esto repetidas veces, el resplandor de la luz fue desapareciendo poco a poco, pero el perfume que se expandió después, subsistió. Pasó el segundo y el tercer día sin que hubiera desaparecido la fragancia esparcida por el perfume.

7. En la cuarta noche, Rómula llamó de nuevo a su maestra. A su llegada le pidió el Viático y lo recibió. Antes de que Redempta y su otra discípula se hubieran retirado de junto al lecho de la enferma, he aquí que de pronto se oyeron, desde la plaza delante de la puerta de su

celda, dos coros cantando salmos. Y según ellas contaban se podían distinguir voces de ambos sexos. Los hombres entonaban los salmos, y las mujeres respondían.

Mientras que se celebraban estas exequias celestiales frente a la puerta de la celda, el alma santa de Rómula fue liberada de las ataduras de la carne. Fue conducida al cielo, y a medida que los coros que cantaban los salmos subían, la salmodia se iba oyendo cada vez más tenue. Finalmente, el sonido de la salmodia y la suavidad del perfume se disiparon en la lejanía.

XVII. El tránsito de la virgen consagrada Tarsilla

Más de una vez, para consolar el alma que se va, suele aparecer Aquel mismo que es el autor y la recompensa de la vida. Respecto a esto voy a repetir lo que recuerdo haber dicho acerca de mi tía Tarsilla en las homilías sobre el Evangelio.

Entre sus otras dos hermanas, ella había llegado a la más elevada santidad a causa de su oración continua, su vida seria y su singular abstinencia. Félix, un antepasado mío y obispo de esta ciudad de Roma, se le apareció en una visión y le mostró la mansión de la luz perpetua: "¡Ven! –le dijo–, te recibo en esta mansión de luz".

2. Poco después fue atacada por una fiebre que la llevó a la muerte. Como cuando se mueren hombres y mujeres de la nobleza, suele reunirse mucha gente para consolar a sus parientes, a la hora de su muerte muchos hombres y mujeres rodeaban su lecho. De repente ella alzó la vista y viendo a Jesús que venía, gritó en dirección de los presentes con tono de reproche: "¡Retírense! ¡Retírense! Jesús viene". Y con la mirada dirigida hacia Aquel a quien veía, su santa alma salió del cuerpo. De pronto se esparció un perfume tan maravilloso, que a causa de su fragancia deliciosa resultó patente a todos que había venido el autor de todas las delicias.

3. Cuando, según lo acostumbrado, desnudaron el cuerpo de la difunta para lavarlo, encontraron que, por la práctica de sus prolongadas oraciones, los codos y rodillas se le habían endurecido como la piel de camello. Así lo que siempre había hecho su espíritu cuando vivía, lo atestiguó su carne una vez muerta.

XVIII. El tránsito de la niña Musa

Tampoco pasaré por alto lo que Probo, el servidor de Dios ya mencionado, contaba acerca de su pequeña hermana Musa.

Una noche se le apareció en una visión la santa Virgen María, Madre de Dios, mostrándole unas niñas de su misma edad vestidas de blanco. Musa quería reunirse con ellas, pero no se animaba a acercarse. La bienaventurada siempre Virgen María le preguntó si quería estar con ellas para vivir a su servicio. Musa le contestó: "¡Sí, quiero!". Entonces la Virgen le ordenó que en adelante ya no hiciera nada superficial ni pueril, y que se abstuviera de las risas y de los juegos, sabiendo sin duda alguna, que a los treinta días entraría a su servicio junto con aquellas vírgenes que había visto.

2. Después de esta visión, la niña cambió sus costumbres: de la noche a la mañana abandonó su ligereza pueril por una vida de gran seriedad. Y cuando sus padres extrañados por este cambio la interrogaron, les contó lo que la bienaventurada Madre de Dios le había mandado y les indicó el día en que entraría a su servicio.

3. Después de veinticinco días fue atacada por la fiebre. El día trigésimo, al acercarse la hora de su muerte, vio venir hacia ella a la bienaventurada Madre de Dios junto con las niñas que había visto en la visión. Al ser llamada por la Virgen, Musa contestó, bajando los ojos respetuosamente y exclamando con voz inteligible: "¡Aquí estoy, Señora, voy! ¡Aquí estoy, Señora, voy!". Y con estas palabras entregó el espíritu y salió de su cuerpo virginal, la que había de habitar en compañía de las santas vírgenes.

4. PEDRO: Puesto que el género humano está sometido a grandes e incontables vicios, concluyo que la parte más considerable de la Jerusalén celestial ha de estar poblada por niños y lactantes.

XIX. A algunos niños la puerta del reino de los cielos les es cerrada por sus padres que los educan mal. Un niño blasfemo

GREGORIO: Si bien hemos de creer que todos los niños pequeños bautizados y muertos en su infancia, entran en el reino de los cielos, no podemos creer lo mismo respecto de los pequeños que ya pueden hablar. Pues sus padres les cierran las puertas del reino celestial, cuando los educan mal.

2. Un hombre, muy conocido por todos en esta ciudad, tenía –hará de esto unos tres años– un hijo creo que de cinco años. Lo amaba demasiado según la carne y lo educaba sin energía. Este niño –da pena decirlo–, en cuanto algo se oponía a sus caprichos, tenía la costumbre de blasfemar contra la majestad de Dios. Hace tres años fue herido por una enfermedad mortal y llegó a su fin.

3. Su padre lo sujetaba contra su pecho –hablo según atestiguan los que estuvieron presentes– cuando el niño, con sus ojos llenos de pavor, vio venir hacia él los espíritus malignos. Empezó a gritar: "¡Impídeselo, padre! ¡Impídeselo, padre!". Y mientras gritaba, apartó la cara para esconderse de ellos en el pecho del padre.

El padre preguntó al niño que estaba temblando, qué veía. Este agregó: "Vinieron los moros y quieren llevarme". Después de decir esto, blasfemó al instante contra el nombre de la Majestad divina y entregó el alma.

4. Dios omnipotente para mostrar cuál era el pecado por el que había sido entregado a tales verdugos, permitió que allí donde su padre no había querido corregirlo en vida, volviera a caer en el momento de la muerte. Y el que por la paciencia divina había vivido algún tiempo como blasfemo, por un juicio divino blasfemó y murió. De este modo el padre reconoció su culpa: al haber descuidado el alma de su hijo pequeño, había criado un no pequeño pecador para las llamas de la Gehenna.

5. Pero dejemos por ahora este asunto triste para volver al tema más agradable que empezamos a tratar.

XX. El tránsito del servidor de Dios, Esteban

Gracias al relato de Probo y de otros hombres piadosos, fui puesto al corriente de lo que procuré comunicar a mis oyentes, en mis homilías sobre el Evangelio, acerca del venerable Padre Esteban.

Fue éste un hombre, conforme al testimonio de Probo y de muchos otros, que no poseía ni deseaba nada en este mundo y que amaba solamente la pobreza en comunión con Dios, mostrándose siempre paciente en la adversidad, huyendo el trato de los hombres mundanos y deseando dedicarse siempre a la oración.

Contaré sólo un ejemplo de su virtud, para que a partir de él se puedan apreciar los otros muchos que dio.

2. Un día en que había llevado al granero la cosecha sembrada con su propia mano –y que era el único recurso para poder vivir él con sus discípulos durante todo el año–, un hombre perverso instigado por el antiguo enemigo, prendió fuego a la cosecha en el granero y la redujo a cenizas. Otra persona vio lo que había pasado, y corriendo lo anunció al servidor de Dios.

Después agregó: “¡Ay, ay, Padre Esteban! ¡Qué es lo que te ha sucedido!”. Él, con el rostro y la mente serena, le contestó de inmediato: “¡Ay de quien ha hecho esto! Porque a mí, ¿qué me sucedió?”.

3. Estas palabras demuestran el alto grado de virtud que había adquirido quien sabía perder, con tanta tranquilidad, lo único que poseía como recursos en este mundo. Se afligía más por aquel que había cometido el pecado, que por sí mismo que tenía que soportar el daño de aquel pecado, y no se preocupaba de lo que él mismo perdía exteriormente, sino de lo que el culpable perdía interiormente.

4. Cuando llegó el día de su muerte, se reunió mucha gente para encomendarse a esta alma tan santa en el momento de su partida de este mundo. Mientras que todos los que habían venido se encontraban junto a su lecho, algunos vieron entrar a los ángeles pero no pudieron decir nada. Otros no vieron nada en absoluto, pero a todos los presentes los invadió un temor vehementísimo, de modo que a la salida de aquella santa alma, nadie pudo quedarse allí.

Los que habían podido ver, igual que los que no habían visto nada, huyeron impresionados y aterrados por un mismo temor. Claramente se dio a entender cuál era el poder que había acogido a esa alma al salir del cuerpo, ya que ningún mortal había podido soportar su salida.

XXI. A veces el mérito del alma no se evidencia en el momento de su salida y se manifiesta más tarde

Respecto a este tema conviene saber que a veces el mérito de un alma no se evidencia en el momento de su salida, sino que se manifiesta con mayor claridad después de la muerte. Así muchos santos mártires sufrieron una cantidad de tormentos y crueldades de parte de los infieles, y sin embargo, como ya hemos dicho, a través de sus huesos inertes, siguen irradiando su resplandor a diario, mediante signos y milagros.

XXII. Dos monjes del abad Valencio

El venerable Valencio que luego, tú lo sabes, fue mi abad y el de mi monasterio en esta ciudad de Roma, había sido primero el superior de su propio monasterio en la provincia de Valeria.

Por su relato me enteré que al llegar allí los Longobardos desenfrenados, colgaron a dos de sus monjes de las ramas de un árbol. Estos murieron el mismo día en que fueron colgados. Al caer la tarde, los espíritus de ambos empezaron a salmodiar allí con voz alta e inteligible. Al escuchar su voz, los que los habían matado se llenaron de terror y desconcierto.

También todos los cautivos que estaban allí, escucharon esas voces que cantaban salmos, y lo atestiguaron después. Dios omnipotente permitió que esas voces de los espíritus llegaran a los oídos corporales, para que todos los que viven en la carne, aprendiesen que cuando se sirve a Dios con solicitud, se vive con mayor verdad después de salir de la carne.

XXIII. El tránsito del abad Sorano

Estando todavía en el monasterio, me enteré por el testimonio de ciertos hombres piadosos, que en el distrito de Sora, durante este mismo tiempo de los Longobardos, vivía un abad venerable, de nombre Sorano.

En una ocasión llegaron unos cautivos evadidos, huyendo de los saqueos de los Longobardos, y él les dio todo lo que había en el monasterio. Después de haber repartido como limosna su ropa y todas las pertenencias de los hermanos, también entregó todo lo que había en el huerto.

2. Luego de haber prodigado todos sus bienes, de pronto irrumpieron los Longobardos, lo apresaron y le pidieron oro. Como les dijera que no tenía absolutamente nada, lo condujeron a una montaña vecina en la que se extendía un bosque inmenso. Allí, en el hueco de un árbol, estaba escondido uno de los cautivos.

Ahí mismo, uno de los Longobardos desenvainó la espada y mató al venerable Sorano. Al caer su cuerpo en tierra, de inmediato toda la montaña y el bosque se estremecieron, como si la tierra al temblar, hubiera querido manifestar que no podía soportar el peso de su santidad.

XXIV. El tránsito de un diácono de la Iglesia de los Marsos

Hubo también en la región de los Marsos un diácono, de vida muy venerable, al que los Longobardos hicieron prisionero. Uno de ellos desenvainó la espada y le cortó la cabeza. Pero cuando su cuerpo cayó en tierra, el que lo decapitó fue presa de un espíritu impuro que lo arrojó a los pies del diácono. Así se hizo patente que el que había matado al amigo de Dios, fue entregado al enemigo de Dios.

2. PEDRO: Por favor, ¿cómo puede ser que Dios omnipotente permita que mueran de ese modo hombres cuya santidad no quiere ocultar después de su muerte?

GREGORIO: Está escrito: *El justo, aunque sea arrebatado por una muerte prematura, no se verá privado de su justicia* (*Sb* 4, 7). ¿Qué inconveniente hay entonces para que los elegidos que, sin lugar a duda, aspiran a la vida eterna, por un momento tengan que sufrir una muerte dura? Tal vez exista en ellos a veces alguna culpa, aunque mínima, que deba ser quitada por una muerte de esta índole.

3. Por eso los réprobos reciben cierto poder sobre los vivientes. Pero a la muerte de estos serán castigados más duramente, en cuanto han ejercido el poder de su crueldad contra los buenos. Así, a este verdugo que se le permitió matar al venerable diácono en plena vida, no se le permitió alegrarse de su muerte. Para atestiguarlo, están también las palabras divinas.

XXV. La muerte del hombre de Dios que había sido enviado a Betel

Un hombre de Dios había sido enviado contra Samaría. Por desobediencia comió durante su viaje, y un león lo mató en el camino. Pero en seguida la Escritura precisa: *El león se quedó parado junto al asno y no devoró el cadáver* (*1 R* 13, 28). Entendemos en consecuencia que el pecado de desobediencia quedó expiado por la muerte, porque el león se atrevió a matar al profeta en vida, pero no se atrevió a tocar al profeta ya muerto. El que tuvo la audacia de matar, no tuvo la facultad de comer el cadáver del que había matado. Porque el que había sido culpable en vida, una vez castigada su desobediencia, devino justo en razón de su muerte. El león que había quitado la vida a un pecador, custodió acto seguido el cadáver de un justo.

2. PEDRO: ¡Bien dicho! Pero quisiera saber si ya desde ahora, antes de la resurrección de los cuerpos, las almas de los justos pueden ser recibidas en el cielo.

XXVI. Si las almas de los justos son recibidas en el cielo antes de la restitución de sus cuerpos

GREGORIO: No podemos afirmar esto de todos los justos ni negarlo de todos. Porque existen ciertas almas justas que todavía están separadas del reino de los cielos por algunas etapas. Esta condena a una demora da a entender que les ha faltado algo para alcanzar la perfecta justicia. Por otro lado consta con absoluta claridad que las almas de los justos perfectos, apenas han salido del encierro de esta carne, son recibidas en la patria celestial. El que es la Verdad, lo atestigua: *Donde está el cuerpo, allí se reunirán las águilas* (*Mt* 24, 28). Porque donde se halla corporalmente nuestro Redentor, allí sin ninguna duda se congregarán las almas de los justos.

2. Y Pablo *desea irse para estar con Cristo* (*Flp* 1, 23). El que cree que Cristo está en el cielo, no puede negar que el alma de Pablo también está en el cielo. El Apóstol dice respecto de la destrucción de su cuerpo y de su existencia en la patria celestial: *Nosotros sabemos que si esta tienda de campaña –nuestra morada terrenal– es destruida, tenemos una casa permanente en el cielo, no construida por el hombre, sino por Dios* (*2 Co* 5, 1).

3. PEDRO: Entonces, si las almas de los justos ya están en el cielo, ¿qué van a recibir, en el día del juicio, como premio de su justicia?

GREGORIO: Su ganancia en el juicio consiste en que ahora gozan solamente de la bienaventuranza del alma, pero después gozarán también de la del cuerpo. Así se alegrarán hasta en su misma carne, en la que han soportado por el Señor los sufrimientos y los tormentos. Sobre esta doble gloria está escrito: *En su tierra, poseerán el doble de la cuenta* (*Is* 61, 7).

4. Asimismo está escrito acerca de las almas de los santos, antes del día de la resurrección: *Entonces se le dio a cada uno una vestidura blanca y se les dijo que esperaran todavía un poco, hasta que se completara el número de sus compañeros de servicio y de sus hermanos* (*Ap* 6, 11). Los santos que tienen ahora una sola vestidura, tendrán dos en el juicio. Ahora gozan de la gloria solamente en su alma, pero a partir de aquel momento gozarán de la gloria en su alma y a la vez en su cuerpo.

5. PEDRO: ¡De acuerdo! Pero quisiera saber cómo se explica que los que están muriéndose, frecuentemente predicen muchas cosas.

XXVII. De qué manera los que están muriéndose hacen sus predicciones; la muerte del abogado Cumquodeus; la revelación a los monjes Geroncio y Melito; la muerte del esclavo Armentario; y la diversidad de lenguas

GREGORIO: Algunas veces las mismas facultades del alma, gracias a su fuerza de penetración, prevén ciertas cosas. Otras veces las almas que han de partir del cuerpo, conocen el futuro por revelación. Y otras, cuando ya es inminente su partida del cuerpo, son inspiradas por Dios y echan un vistazo incorpóreo a los secretos celestiales.

2. Que las facultades del alma por su fuerza de penetración conocen a veces las cosas futuras, está probado por el siguiente hecho: el abogado Cumquodeus que murió en esta ciudad a causa de una pleuresía, hace dos días, llamó a su criado poco antes de morir y le ordenó que le preparara su ropa para salir. El muchacho consideró esto una locura y no obedeció. Entonces el abogado se levantó y se vistió, manifestando que iría por la vía Apia a la iglesia del bienaventurado Sixto.

3. Poco después, se agravó su enfermedad y murió. Estaba previsto enterrar su cuerpo junto al bienaventurado mártir Genaro, en la vía de Preneste. Pero este sitio pareció demasiado alejado a los que se habían encargado del funeral, y surgiendo de improviso otra idea, el cortejo fúnebre tomó por la vía Apia. Sin saber lo que él había dicho, lo enterraron en la iglesia que había indicado de antemano.

Sabemos que este hombre había estado ligado a asuntos mundanos, ávido de riquezas terrenas. ¿Cómo pudo predecir esto, sino porque las facultades de penetración de su alma le hicieron prever el destino de su cuerpo?

4. Frecuentemente se trata también de revelaciones, por las que los moribundos tienen la presciencia de los sucesos futuros. Esto lo podemos deducir de hechos que, como sabemos, han sucedido en los monasterios.

Hace diez años vivía en mi monasterio un hermano de nombre Geroncio. Gravemente enfermo, tuvo en sueños una visión y vio bajar al monasterio desde lo alto a unos hombres con vestiduras de una blancura resplandeciente. Se detuvieron junto al lecho del enfermo, y uno de ellos dijo: “Hemos venido a reclutar para la milicia a algunos hermanos del monasterio de

Gregorio" y, dirigiéndose a su vecino, agregó: "Escribe: Marcelo, Valentiniano, Agnelo", y otros cuyos nombres he olvidado por completo. Después de esto agregó: "Anota también al que nos está mirando".

5. Advertido por esta visión, a la mañana siguiente Geroncio hizo saber a los hermanos quiénes serían los que en ese monasterio iban a morir. Y les anunció que también él los seguiría. Al otro día, los hermanos mencionados se fueron muriendo, según el orden en el que habían sido nombrados en la lista. Finalmente murió también el que había previsto la muerte de los demás hermanos.

6. También durante aquella epidemia que devastó nuestra ciudad hace tres años con una calamidad tan terrible, vivía en el monasterio de la ciudad de Porto un monje de nombre Melito, todavía joven, y de una sencillez y humildad admirables. Como se acercara el día de su llamado, Melito fue atacado por la epidemia que lo llevó a su fin. Cuando se enteró de ello el venerable Félix, obispo de la ciudad, por quien conocí el hecho, visitó solícitamente al enfermo y lo confortó con palabras persuasivas para que no temiera la muerte, agregando incluso la promesa de una prolongación de su vida por la misericordia de Dios.

7. A esto, Melito respondió que el tiempo de su vida había terminado. Dijo que se le había aparecido un joven llevando una carta y diciendo: "Abre y lee". Luego de abrirla, aseveró que él y todos los que habían sido bautizados al mismo tiempo por el obispo Félix en la fiesta de Pascua, se hallaban anotados con letras de oro en la carta. Explicó que en primer lugar encontró su propio nombre y después el de todos los bautizados en aquella fecha. Estaba seguro que él y ellos saldrían rápidamente de esta vida.

8. Efectivamente, murió aquel mismo día, y todos los que con él habían sido bautizados lo siguieron. Pocos días después, ninguno de ellos quedaba con vida. Sin duda, hay que sacar la conclusión de que el servidor de Dios los había visto inscritos con letras de oro, porque el esplendor eterno había fijado sus nombres junto a sí.

9. Estos pudieron conocer el futuro por medio de revelaciones. A veces las almas, antes de partir, también pueden tener una idea de los misterios del cielo, no en sueños, sino en estado de vela.

Has conocido bien a Ammonius, monje de mi monasterio. Cuando aún vivía en el mundo, estaba casado con la hija natural de Valeriano, un abogado romano. Siendo huésped asiduo del abogado y muy diligente en prestarle sus servicios, estaba al corriente de todo lo que pasaba en su casa.

10. Cuando Ammonius ya estuvo en el monasterio, me contó que durante la epidemia que asoló duramente la ciudad de Roma en tiempos del patricio Narses, estaba en la casa de Valeriano un criado, Armentario, notable por su sencillez y humildad. Cuando la epidemia alcanzó la casa del abogado, el criado fue atacado por ella y llegó a su fin.

11. Fue arrebatado pronto de la presencia de los que lo rodeaban, volvió en sí e hizo llamar a su señor. Le dijo: "Yo estuve en el cielo y sé quiénes son los que de esta casa van a morir. Tal, tal y tal morirán. En lo que a ti se refiere, no tengas miedo, porque no morirás en esta ocasión. Y para que sepas que digo la verdad al afirmar que estuve en el cielo, he aquí que allí recibí el don de hablar en todos los idiomas. ¿Acaso ignoras que yo no sé en absoluto la lengua griega? ¡Pues bien! Voy a hablar en griego, para que sepas que es cierto, como declaro, que he recibido el don de lenguas".

12. Entonces su señor le habló en griego, y él le respondió en el mismo idioma de manera tal que todos los presentes se admiraron. En la casa se encontraba también un portaespadas búlgaro de Narses. Fue llevado rápidamente al enfermo y le habló en búlgaro. Y el criado, nacido y educado en Italia, le contestó en el mismo idioma extranjero, como si fuera oriundo de ese país. Todos los que escuchaban quedaron estupefactos, y a causa de esta doble

experiencia de idiomas que él, como bien lo sabían ellos, antes ignoraba, le creyeron respecto de todos los demás idiomas, aunque les era imposible comprobarlo.

13. Su muerte fue diferida por dos días. Pero al tercer día, no se sabe por qué secreto juicio, se destrozó con los dientes las manos, los antebrazos y los brazos, y así salió del cuerpo. Después de su muerte, todos los que había nombrado de antemano, fueron llevados de este mundo. Y en esa ocasión, no murió en aquella casa ninguno de los que él no había anunciado.

14. PEDRO: Resulta muy terrible que el que mereció recibir un don tan grande, recibiera un castigo de esta índole.

GREGORIO: ¿Quién llega a conocer los juicios secretos de Dios? Lo que no podemos comprender en el examen divino, debemos temerlo antes que discutirlo.

XXVIII. La muerte del conde Teófano

Continuemos hablando de las almas que en el momento de su salida tienen la presciencia de los eventos futuros: no quiero pasar por alto lo que me relataron acerca de Teófano, conde de la ciudad de Centumcellae, cuando estuve en aquella ciudad, y que muchos han confirmado.

Fue un hombre que se había dedicado a obras de misericordia y de todo tipo de caridad, especialmente de hospitalidad. Ocupado por las obligaciones de su condado, se desempeñaba en tareas terrenas y temporales, pero según se pudo ver al final, lo hizo más por deber que por inclinación.

2. Poco antes de su muerte, se desencadenó una violentísima tempestad, que haría imposible el cortejo fúnebre. Su esposa prorrumpió en llantos y le preguntó: "¿Qué voy a hacer? ¿Cómo llevarte al sepulcro, si esta fuerte tormenta no me permite salir?". Él respondió: "No llores, mujer, porque ni bien haya muerto, volverá la serenidad". A estas palabras, de inmediato, siguió la muerte, y a la muerte la serenidad.

3. Este signo fue acompañado por otros signos. Sus manos y sus pies, afectados por la gota, estaban hinchados, ulcerados y con llagas purulentas. Cuando desnudaron su cuerpo para lavarlo según la costumbre, sus manos y sus pies se vieron tan sanos como si nunca hubieran estado enfermos.

4. Luego, fue llevado y sepultado. Cuatro días después, a su esposa le pareció preferible cambiar el mármol que había sido colocado sobre su sepulcro. Cuando fue quitado ese mármol puesto sobre el cuerpo, se desprendió del cadáver una fragancia tan exquisita, como si un bálsamo aromado hubiera reemplazado los gusanos que pululaban en su carne en estado de putrefacción.

5. He contado este hecho en mis homilías, pero algunos pusilánimes lo pusieron en duda. Un día en que me encontraba en compañía de unos nobles, se presentaron los obreros que habían cambiado el mármol del sepulcro, para pedirme algo para ellos. Los interrogué acerca de este milagro en presencia del clero, de los nobles y del pueblo. Y ellos atestiguaron que milagrosamente se habían saturado de la fragancia de aquel perfume. Agregaron, respecto de este sepulcro, algunos otros detalles para corroborar el milagro. Pero no es el momento para detenerme ahora en su exposición.

6. PEDRO: Mi curiosidad ya se ve suficientemente satisfecha. Pero hay todavía una cuestión que me inquieta. Se ha dicho más arriba que las almas de los santos ya están en el cielo. Se deduce entonces sin duda, que hemos de creer que las almas de los malos están en el infierno. Pero ignoro lo que la Verdad enseña a este propósito. Pues la gente no tiene por cierto que las almas de los pecadores puedan ser atormentadas antes del juicio.

XXIX. Así como las almas de los perfectos están en el cielo, hay que creer que las almas de los perversos, después de la separación de su cuerpo, están en el infierno.

GREGORIO: Si llegaste a creer, conforme al testimonio de la Palabra sagrada, que las almas de los santos están en el cielo, hace falta también que creas absolutamente que las almas de los malos están en el infierno. Teniendo presente la retribución de la justicia eterna, a causa de la cual los justos ya gozan de la gloria, es absolutamente necesario que a su vez los injustos sean castigados. Porque así como la bienaventuranza alegra a los elegidos, del mismo modo es necesario creer que el fuego abrasa a los réprobos a partir del día de su muerte.

2. PEDRO: ¿Y por qué hay que creer que el fuego material tenga influencia sobre un ser inmaterial?

XXX. La razón por la cual hay que creer que el fuego material puede tener influencia sobre los espíritus incorpóreos

GREGORIO: Si un espíritu inmaterial está contenido en el cuerpo de un hombre viviente, ¿por qué después de la muerte, siendo el espíritu incorpóreo, no estará contenido también en un fuego material?

PEDRO: En cualquier viviente está contenido el espíritu incorpóreo dentro de un cuerpo, porque vivifica el cuerpo.

2. GREGORIO: Pedro, si el espíritu incorpóreo está contenido en lo que él vivifica, ¿por qué, en razón del castigo, no habrá de estar contenido en lo que lo mortifica? Decimos que el espíritu está contenido en el fuego, en el sentido de que está en el tormento del fuego, viendo y sintiendo. Padece el fuego justamente porque lo ve, y al verse abrasado, se quema. Sucede entonces que una cosa corpórea consume por el fuego algo incorpóreo, por cuanto del fuego visible sale un ardor y un dolor invisible. Así, a causa del fuego corpóreo, el espíritu incorpóreo también es atormentado por una llama incorpórea.

3. Sin embargo, podemos deducir de las palabras evangélicas que el alma sufre su incendio no solo viéndolo, sino también experimentándolo sensiblemente. Según la palabra de la Verdad, se dice del rico muerto que *está sepultado en el infierno* (cf. *Lc* 16, 22). Que su alma es atormentada en el fuego, lo insinúa la voz del mismo rico que ruega a Abraham: *Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque estas llamas me atormentan* (*Lc* 16, 24).

Si la Verdad presenta al rico pecador condenado en las llamas, ¿qué hombre sensato va a negar que las almas de los réprobos son presa de las llamas?

4. PEDRO: Realmente, la razón y el testimonio de la Escritura, inclinan mi espíritu a creer. Pero se levanta de nuevo y vuelve a su rigidez inicial. Porque ignoro de qué manera una cosa incorpórea puede ser contenida y atormentada por una cosa material.

GREGORIO: Dime, por favor: Los espíritus apóstatas que han sido arrojados de la gloria celestial, a tu parecer, ¿son corpóreos o incorpóreos?

PEDRO: ¿Qué hombre en su sano juicio dirá que los espíritus son corpóreos?

GREGORIO: ¿Qué dices del fuego del infierno? ¿Es material o inmaterial?

PEDRO: No dudo que el fuego del infierno es corpóreo. Y ciertamente los cuerpos son atormentados en él.

5. GREGORIO: Es seguro que al fin la Verdad dirá a los réprobos: *Vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles* (*Mt* 25, 41). Si entonces el diablo y sus ángeles, siendo incorpóreos, deben ser atormentados por un fuego material, ¿por qué hay que admirarse de que las almas antes de que reciban sus cuerpos, puedan sentir los tormentos físicos?

PEDRO: Es evidente. Ya no debe dudar el espíritu de lo que a esta cuestión se refiere.

XXXI. La muerte del rey arriano Teodorico

GREGORIO: Después de que has llegado trabajosamente a creer, pienso que vale la pena contarte lo que me han referido ciertos hombres dignos de fe.

Juliano, el segundo abogado defensor de esta Iglesia de Roma a la que sirvo por voluntad de Dios, y que murió hace casi siete años, me visitaba frecuentemente cuando yo estaba todavía en el monasterio. Nuestras conversaciones versaban regularmente sobre lo que es bueno para alma.

2. Un día, él me contó: "En el tiempo del rey Teodorico, el padre de mi suegro después de haber recaudado el impuesto en Sicilia, regresaba a Italia. Su nave abordó la isla de Lípari, donde vivía un anacoreta que se destacaba por su gran virtud. Mientras que los marineros reparaban los aparejos de la nave, se le ocurrió al padre de mi suegro ir a ver al hombre de Dios para encomendarse a sus oraciones".

3. «El hombre del Señor, cuando los vio, les dijo entre otras cosas: "¿Saben que el rey Teodorico ha muerto?". Ellos le contestaron de inmediato: "En absoluto. Nosotros lo dejamos vivo, y hasta este momento no nos hemos enterado de semejante cosa". El servidor de Dios precisó: "Efectivamente, ha muerto. Ayer a las tres de la tarde fue conducido entre el papa Juan y el patricio Símmaco, sin cinturón, descalzo y con las manos atadas, al cráter del volcán vecino y arrojado dentro"».

4. "Al escuchar esto, anotaron diligentemente el día, y una vez en Italia, se enteraron de que el rey Teodorico había muerto el mismo día en que el servidor de Dios había sido avisado acerca de su muerte y suplicio".

Y porque había causado la muerte del papa Juan haciéndolo sufrir en una prisión, y degollado a espada al patricio Símmaco, con justicia apareció siendo echado al fuego por aquellos a quienes injustamente había juzgado en esta vida.

XXXII. La muerte de Reparatus

Durante el tiempo de mis primeros anhelos de vida monástica, un anciano honorable de nombre Deusdedit, muy vinculado con la nobleza de esta ciudad, era un íntimo amigo mío.

2. He aquí lo que me contó: "En los tiempos de los Godos, un hombre muy distinguido, de nombre Reparatus, iba a morir. Desde hacía mucho tiempo yacía mudo y rígido y parecía que ya había exhalado el último soplo de vida y que su cuerpo estaba exánime. Mientras todos los que habían acudido lo lloraban, junto con su familia, como se llora a un muerto, de repente volvió en sí, y las lágrimas de todos los que se lamentaban, se transformaron en estupor".

3. «Después de haber vuelto en sí, dijo: "Envíen lo antes posible un criado a la iglesia del mártir san Lorenzo, la que es llamada con el nombre de su fundador Dámaso, para que vea lo que pasa con el sacerdote Tiburcio y me lo comunique en seguida". Se comentaba en aquel entonces que Tiburcio se hallaba sometido a los deseos carnales. Florencio, el actual presbítero de esta iglesia, todavía se acuerda bien de su vida y sus costumbres».

4. «Mientras que el criado iba de camino, Reparatus que había recobrado su lucidez, dijo lo que en el lugar a donde había sido conducido, se le había comunicado, respecto de Tiburcio: "Se había preparado una hoguera inmensa. El presbítero Tiburcio fue llevado y colocado encima de ella. Luego prendieron fuego debajo de él y lo quemaron. Además estaba preparada otra hoguera que parecía alzarse desde la tierra hasta lo más alto del cielo. Una voz gritó que estaba destinada para...". Y dicho esto, Reparatus murió. El criado que había sido enviado a Tiburcio, lo encontró ya muerto».

5. Evidentemente, Reparatus había sido llevado al lugar de los castigos. Él vio, volvió, contó y murió. Con esto se muestra claramente que no vio estas cosas para sí, sino para nosotros a los que todavía se nos concede la vida, e incluso enmendarnos de las malas acciones.

Reparatus vio que se disponía una hoguera, no porque en el infierno sea necesario quemar leña para hacer fuego, sino que para enseñanza de los vivientes, vio emplearse en la combustión de los malvados, ese combustible con el que los vivientes alimentan habitualmente el fuego material. Así gracias a las cosas ordinarias que oyen, pueden aprender a temer las que son extraordinarias.

XXXIII. Muerte de un curial cuyo sepulcro se incendió

El venerable Maximiano, obispo de Siracusa y antes, durante mucho tiempo, superior de mi monasterio aquí en Roma, solía contar un hecho terrible que había acontecido en el distrito de Valeria.

Decía: "Allí un curial recibió, el sábado santo, por ahijada en el bautismo a una joven, hija de cierto feligrés. Vuelto a su casa después del ayuno, se embriagó y pidió que se quedara con él esa ahijada suya, y en esa misma noche –es monstruoso decirlo– fue causa de la pérdida de la jovencita".

2. "Al levantarse a la mañana, el culpable pensó que iría a los baños, como si el agua del baño pudiera lavar la mancha del pecado. Fue y se lavó, y después empezó a titubear ansiosamente, preguntándose si entraría o no a la iglesia. Si en un día semejante no iba a la iglesia, ¡qué diría la gente!; si iba, lo atemorizaba el juicio de Dios. Pero al fin pudo más el respeto humano, y se dirigió a la iglesia. Allí se quedó de pie, temblando y espantado, y a cada instante temía ser entregado al espíritu impuro y que éste lo atormentase delante de todos. A pesar de su extrema angustia, nada adverso le ocurrió durante la celebración de la misa".

3. "Salió contento, y al día siguiente volvió a la iglesia ya más seguro de sí. De este modo se dirigió, alegre y tranquilo, durante seis días consecutivos, pensando que el Señor o no había visto su crimen, o si lo había visto, se lo había perdonado misericordiosamente".

"Pero el día séptimo murió de repente. Después de haber sido sepultado, durante mucho tiempo todos pudieron ver una llama que salía del sepulcro. Esta llama fue quemando sus huesos a tal punto que consumió todo el sepulcro, y la tierra, amontonada a modo de túmulo, se hundió".

4. "Al permitir esto, Dios omnipotente mostró lo que tuvo que soportar, ocultamente, el alma de aquel cuyo cuerpo era consumido por la llama a la vista de los hombres. De este modo, Dios se dignó darnos, también a nosotros que estamos escuchando, un ejemplo aterrador, para que de aquí deduzcamos lo que el alma viviente y sensible sufre por su culpa, cuando hasta huesos insensibles son quemados totalmente por tal suplicio de fuego".

5. PEDRO: Me gustaría saber si los buenos se reconocen mutuamente en el reino, y los malos en el suplicio.

XXXIV. Si los buenos se reconocen mutuamente en el reino, y los malos en el suplicio.

GREGORIO: La solución de este problema se halla presentada, con mayor claridad que la luz, en las palabras del Señor que ya hemos citado más arriba. En ellas se dice: *Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino finísimo y cada día hacía espléndidos banquetes. A su puerta, cubierto de llagas, yacía un pobre llamado Lázaro, que ansiaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico; y hasta los perros iban a lamer sus llagas* (*Lc* 16, 19ss). Y en seguida: *El pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico también murió y fue sepultado* (*Lc* 16, 22).

2. *En la morada de los muertos, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él. Entonces exclamó: "Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque estas llamas me atormentan". "Hijo mío –respondió Abraham–, recuerda que has recibido tus bienes en vida y Lázaro, en cambio, recibió males"* (*Lc* 16, 23ss). El rico, desesperado de su propia salvación, se pone a pedir la salvación de los suyos y dice: *Te ruego entonces, Padre, que envíes a Lázaro a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos: que él los prevenga, no sea que ellos también caigan en este lugar de tormento* (*Lc* 16, 27s)."

3. Estas palabras muestran claramente que los buenos reconocen a los buenos y los malos a los malos. En efecto, si Abraham no hubiera reconocido a Lázaro, nunca hubiera hablado al rico, en medio de sus tormentos, de las aflicciones sufridas por Lázaro, al decir que éste había recibido males en vida. Y si los malos no reconocieran a los malos, nunca el rico en medio de sus tormentos, se hubiera acordado de sus hermanos ausentes. ¿Cómo pues no podría reconocer a los presentes, quien se preocupaba de suplicar por los ausentes?

4. Este hecho aclara además otro problema que tú no has planteado, o sea, que los buenos conocen también a los malos y los malos a los buenos. Porque el rico es reconocido por Abraham, ya que éste le dice: *Recibiste bienes en tu vida* (*Lc* 16, 25), y Lázaro, el elegido, es reconocido por el rico réprobo que lo menciona nominalmente al pedir que sea enviado: *Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua* (*Lc* 16, 24).

Este conocimiento acrecienta el cúmulo de la recompensa en una y otra parte, de modo que los buenos experimentan una alegría más grande al ver alegrarse junto con ellos a los que han amado, mientras que los malos, al ser castigados junto con los que han amado en este mundo despreciando a Dios, son consumidos no sólo por su propia pena, sino también por la de aquéllos.

5. Pero para los elegidos acontece algo aún más admirable, porque no sólo reconocen a los que han conocido en este mundo, sino que reconocen como ya vistos y conocidos a los buenos que nunca han visto. Porque cuando vean a los antiguos padres en la herencia eterna, éstos no les serán desconocidos a la vista, ya que siempre los han conocido en sus obras. Allí todos ven a Dios en una claridad común. ¿Qué podrán ignorar allí donde conocen Aquel que lo conoce todo?

XXXV. Un hombre piadoso que al morir vio a los profetas

Un romano piadoso de una vida muy digna de alabanza, que murió hace unos cuatro años, vio a la hora de su partida –según atestiguan otros hombres piadosos que estuvieron allí presentes–, a los profetas Jonás, Ezequiel y Daniel, y los llamó por sus nombres diciéndoles que eran sus señores. Afirmó que ellos habían ido por él, y con los ojos bajos, en señal de reverencia, dejó su cuerpo.

Este hecho da a entender claramente cuál será el conocimiento en la vida incorruptible, ya que este hombre hallándose todavía en su carne corruptible, reconoció a los santos profetas que ciertamente nunca había visto.

XXXVI. A veces las almas que no se conocían, se reconocen en su partida al recibir castigos por sus culpas o premios merecidos por sus buenas obras; la muerte de Juan y Urso y de Eumorfio y Esteban

Con frecuencia suele acontecer que el alma, antes de partir, reconoce también a aquellos que, por la semejanza de las culpas o de los premios, serán destinados a una misma morada.

El venerable anciano Eleuterio de quien he hablado detalladamente en el libro precedente, afirmó que había tenido en su monasterio un hermano carnal, de nombre Juan, que predijo a la comunidad su propia muerte con catorce días de antelación.

2. Contaron uno a uno los días que iban pasando. Tres días antes de que fuera llamado a salir de su cuerpo, fue atacado por una fiebre. Al llegar la hora de la muerte, recibió el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor. Después de convocar a los hermanos, les ordenó que cantaran ante él los salmos, entonando él mismo una antífona que le concernía: *Abran las puertas de la justicia y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: solo los justos entran por ella* (*Sal* 117, 19s).

3. Mientras que los hermanos presentes salmodiaban delante de él, gritó de repente con una voz pausada: "¡Urso, ven!". Dicho esto dejó su cuerpo, terminando su vida mortal. Los hermanos quedaron asombrados, porque no comprendían lo que el hermano había dicho al morir. Su muerte dejó sumido el monasterio en una profunda tristeza.

4. Al cuarto día, unos hermanos fueron enviados, por una necesidad urgente, a otro monasterio lejano. A su llegada, los hermanos encontraron a los monjes de ese monasterio en extrema aflicción. Al preguntarles: "¿Qué les sucede, para estar tan profundamente tristes?", ellos respondieron: "Lamentamos la desolación de esta casa, porque un hermano cuya vida llenaba este monasterio, fue sacado de la luz de este mundo hace cuatro días".

5. Los hermanos que habían llegado, se informaron muy interesados acerca de su nombre, y ellos contestaron: "Urso". Averiguando la hora exacta de su muerte, reconocieron que había salido de su cuerpo en el mismo momento en que Juan, que había muerto en su monasterio, lo había llamado.

6. De este hecho se deduce que, siendo igual el mérito de uno y otro, les fue dado vivir juntos en una misma morada, ya que juntos habían salido del cuerpo.

7. Tampoco quiero pasar por alto lo que supe a propósito de ciertos vecinos míos, cuando aún vivía como laico y habitaba en la casa que había heredado de mi padre, aquí en Roma. En las cercanías vivía una viuda de nombre Gala. Ella tenía un hijo joven, Eumorfio, y no lejos de allí habitaba un tal Esteban que era ayudante en el ejército.

8. Eumorfio, que estaba llegando al final de su vida, llamó a su criado y le ordenó: "¡Ve rápido y dile al ayudante Esteban que venga inmediatamente, porque la nave que ha de llevarnos a Sicilia va a zarpar!". Como el criado, creyendo que su señor estaba loco, rehusó obedecerle, aquél insistió enérgicamente: "Ve y trasmítele lo que te digo, porque no estoy loco".

9. El criado salió en busca de Esteban. A mitad del camino se encontró con un hombre que le preguntó: "¿A dónde vas?". Le contestó: "Mi señor me envía a buscar al ayudante Esteban". El otro dijo en seguida: "Vengo de estar con él, y en este momento acaba de morir delante mío". El criado volvió a su señor Eumorfio, pero lo encontró ya muerto. Así, teniendo en cuenta que aquel hombre se encontró con el criado a mitad de camino y que éste desde allí desanduvo lo andado, se puede deducir considerando las distancias, que Eumorfo y Esteban fueron llamados en el mismo instante.

10. PEDRO: Es realmente terrible lo que dices. Pero te pregunto, ¿por qué a un alma que estaba saliendo de su cuerpo, se le apareció una nave, y por qué el que estaba por morir, predijo que sería llevado a Sicilia?

11. GREGORIO: Al alma no le hace falta un vehículo. Pero no hay que asombrarse de que un hombre, estando todavía en su cuerpo, haya visto lo que acostumbraba ver en sus imaginaciones corporales, dándosele a entender así adónde su alma podía ser llevada espiritualmente.

12. Al afirmar que sería llevado a Sicilia, ¿qué otra cosa se puede pensar sino que en las islas de esta región, más que en otros lugares, los cráteres abiertos vomitan el fuego de los tormentos? Los entendidos dicen que cada día ensanchan sus flancos y se extienden. Y mientras

que el fin del mundo se aproxima, cuanto más aumenta el número de los condenados que han de ser quemados, tanto más parecen abrirse aquellos lugares de tormentos. Dios omnipotente ha querido mostrar esto para corrección de los que viven en este mundo. Así los espíritus de los que no creen, que niegan la existencia de los tormentos del infierno, ven los lugares de estos tormentos, en los que no quieren creer cuando se les habla de ellos.

13. Para confirmar la certeza de que tanto los elegidos como los réprobos, cuya vida transcurrió en obras similares, son conducidos a lugares igualmente similares, sería suficiente la palabra de la Verdad, aun cuando faltaran los ejemplos. Respecto de los elegidos ella dice en el Evangelio: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas* (*Jn* 14, 2). En efecto, si no hubiera disparidad de retribución en la bienaventuranza eterna, no habría muchas moradas, sino una sola. Así que hay muchas moradas en las que los buenos gozan separadamente, por categorías, teniendo cada uno como compañeros a los que le son iguales en méritos. Y no obstante, es idéntico el denario que todos han recibido por su trabajo (cf. *Mt* 20, 9ss), aunque estén distribuidos en muchas moradas. Porque es una la bienaventuranza que allí reciben, y distinta la calidad de la retribución que han obtenido por obras diferentes.

14. Es lo que dice la Verdad al anunciar el día de su juicio: *Entonces diré a los cosechadores: Arranquen primero la cizaña y átenla en manojos para quemarla* (*Mt* 13, 30). Los ángeles segadores atan la cizaña en manojos para quemarla, cuando asocian a los cómplices con los compañeros en castigos similares, para que ardan los soberbios con los soberbios, los lujuriosos con los lujuriosos, los avaros con los avaros, los falaces con los falaces, los envidiosos con los envidiosos, los infieles con los infieles. Cuando los que se asemejan por su culpabilidad, son conducidos a tormentos semejantes por los ángeles que los llevan a los lugares de las penalidades, es como si éstos ataran la cizaña en manojos para quemarlos.

XXXVII. Los que parecen haber sido sacados de sus cuerpos como por error; la llamada y devolución del monje Pedro; la muerte y resurrección de Esteban y la visión de un soldado

PEDRO: Tu respuesta a mi pregunta me satisface gracias a la lucidez de tu razonamiento. ¿Pero cómo se explica, por favor, que algunos son sacados de su cuerpo como por error, de modo que estando exánimes vuelven en sí, y cada uno de ellos declara haber oído decir que no era él quien debía ser llevado?

2. GREGORIO: Cuando esto sucede, Pedro, hay que tener muy en cuenta que no se trata de un error, sino de un aviso. Porque la bondad divina, por la gran liberalidad de su misericordia, dispone que algunos también después de la muerte vuelvan de repente a su cuerpo, transidos de terror por los tormentos del infierno que por lo menos pudieron ver, mientras que antes no habían creído en lo que se les decía.

3. Cierto monje de Iliria que vivía conmigo en el monasterio en esta ciudad, me contaba lo que había llegado a su conocimiento cuando aún habitaba en el desierto. Un monje de nombre Pedro, oriundo de la región de Iberia, se había reunido con él en un sitio de una vasta soledad llamada Evasa. Este monje le había contado que antes de retirarse al desierto, había muerto a causa de una enfermedad, pero había vuelto en seguida a su cuerpo. Atestiguaba haber visto los suplicios del infierno y sus innumerables hogueras. También contó que había visto a algunos poderosos de este mundo suspendidos en las llamas.

4. Ya era conducido para ser sumergido allí también él –así decía–, cuando de repente apareció un ángel con una vestidura resplandeciente, prohibiendo que fuera echado al fuego. El ángel también le dijo: "¡Sal de aquí y considera cuidadosamente cuál habrá de ser tu vida en adelante!". Después de estas palabras, sus miembros se recalentaron paulatinamente, y se despertó del sueño de la muerte eterna, dio cuenta de todo lo que había ocurrido a su alrededor, y a partir de entonces se refrenó con tantas vigilias y ayunos que, aunque su lengua callara, su modo de vivir mostraba que había visto los tormentos del infierno y que los temía. En efecto, Dios omnipotente con su admirable generosidad lo había hecho morir, para que no muriese.

5. Pero el corazón humano es de una gran pesadez y dureza, y la simple manifestación de las penas no es igualmente útil para todos.

El ilustre Esteban que tú has conocido bien, me contaba de sí mismo que, al haberse demorado por un asunto en la ciudad de Constantinopla, cayó enfermo y murió. Buscaron un médico y un perfumista para abrirlo y embalsamarlo, pero ese día no pudieron encontrarlos, y a la noche siguiente el cuerpo yacía insepulto.

6. Esteban fue conducido al infierno. Allí vio muchas cosas de las que antes había oído hablar sin creerlas. Al ser presentado al juez que presidía la sesión, éste no lo admitió. El juez dijo: "No ordené traer a éste, sino al herrero Esteban". El volvió al instante a su cuerpo, y el herrero Esteban que vivía cerca de él, murió en aquella misma hora. Así se comprobó que eran ciertas las palabras que había oído. A su vez, la muerte de aquel otro Esteban las confirmó.

7. Y hace tres años, durante la peste que tan cruelmente asoló nuestra ciudad, y en la que se divisaban a simple vista esas flechas que cayeron del cielo e hirieron a uno tras otro, murió también ese primer Esteban, como tú sabes.

Un soldado, atacado por la peste en nuestra ciudad, llegó a su fin. Salió de su cuerpo y quedó exánime, pero en seguida volvió en sí y contó lo que le había sucedido.

8. Afirmaba –también muchos otros se enteraron de ello– que había un puente, debajo del cual corría un río negro y tenebroso exhalando un vapor de una fetidez intolerable. Pero al otro lado del puente había unas praderas deliciosas y reverdecientes, adornadas de flores perfumadas, donde se veían reunidos grupos de hombres vestidos de blanco. Se respiraba un perfume tan agradable e intenso, que su fragancia era suficiente para saciar a quienes allí paseaban y vivían.

9. Cada uno de ellos tenía su morada magníficamente iluminada. Y allí estaban construyendo una casa majestuosa, al parecer con ladrillos de oro, pero no se pudo saber para quién era. Junto a la orilla del río había también algunas moradas. Algunas de ellas fueron alcanzadas por el vapor fétido, a otras, en cambio, no llegaba el hedor que subía del río.

10. El puente mencionado servía de prueba. Si un injusto quería pasarlo, caía en el río tenebroso y maloliente. En cambio los justos a quienes no detenía ninguna culpa, llegaban por él con paso seguro y libre a los lugares amenos.

11. Contó que había visto allí también a Pedro, el jefe del personal eclesiástico, que había muerto hacía unos cuatro años. Se hallaba abajo, en los lugares más horribles, encadenado y oprimido por hierros muy pesados. Al preguntar por qué le pasaba esto, oyó decir lo mismo que también nosotros, los que conocimos su comportamiento en esta casa eclesiástica sabemos y recordamos. Se le dijo: "Está sufriendo esto, porque cuando se le daba la orden de infligir una sanción, cumplía su servicio, pero aplicando los golpes más por crueldad que por obediencia". Nadie que lo haya conocido, ignora que así fue.

12. También afirmaba que había visto allí a un sacerdote extranjero que al llegar al puente, lo pasó con tanta seguridad cuanta era la pureza en que había vivido. Según atestiguó el soldado, también había reconocido en este puente al mencionado Esteban. Al querer pasar, había dado un paso en falso, y ya la mitad de su cuerpo caía fuera del puente, cuando unos hombres espantosos surgieron del río y lo tironeaban de las piernas hacia abajo, mientras que otros hombres blancos y hermosos empezaron a tironearlo de los brazos hacia arriba. Durante esta lucha en la que los espíritus buenos lo tiraban hacia arriba y los malos hacia abajo, el que vio esto volvió a su cuerpo, y no supo cómo terminó la contienda.

13. En este caso que se refiere a la vida de Esteban, se da a entender que en él los pecados de la carne estaban en lucha con sus limosnas. El que fue tironeado por las piernas hacia abajo y por los brazos hacia arriba, evidentemente había querido hacer limosnas, pero sin resistir perfectamente a los vicios de la carne que lo tiraban hacia abajo. Pero lo que en aquel

examen del juez invisible, alcanzó en él la victoria, queda escondido, tanto para nosotros como para el que lo vio y que volvió a este mundo.

14. Sin embargo consta, como ya dije, que Esteban, después de haber visto el infierno y haber vuelto a su cuerpo, en modo alguno corrigió perfectamente su vida, ya que después de muchos años, al dejar este cuerpo tuvo que luchar entre la vida y la muerte. De aquí se puede deducir que, el haber tenido ante la vista los suplicios del infierno, para unos es ayuda, para otros un testimonio en contra suyo. Los primeros ven los males que deben evitar, y los segundos son castigados tanto más cuanto que no quisieron evitar los suplicios del infierno después de haberlos visto y conocido.

15. PEDRO: Quisiera preguntarte, ¿qué significa el hecho de que en los lugares amenos se vio que una casa era construida con ladrillos de oro? Resulta totalmente ridículo creer que en la vida del más allá aún tenemos necesidad de esta clase de metales.

16. GREGORIO: ¿Quién, si goza de su sano juicio, lo va a entender así? No, con lo que allí se ha mostrado, quienquiera sea el destinatario de aquella casa, se da a entender claramente el valor de las obras que se hacen aquí en la tierra. Puesto que por la generosidad de sus limosnas merecerá el premio de la luz eterna, consta con certeza que está edificando su casa con oro. Aquí tengo que agregar un detalle que antes he olvidado: el soldado que había visto esto, contaba que los ladrillos de oro para la construcción de la casa eran llevados por jóvenes y viejos, y por muchachos y niñas. De esta observación se deduce que los beneficiarios de sus obras de caridad, aquí en la tierra, llegaron a ser los constructores que allí se vieron.

XXXVIII. Deusdedit, cuya casa se vio por revelación que era construida los sábados

También vivía cerca nuestro un hombre piadoso, llamado Deusdedit, que habitualmente se ocupaba en la confección de zapatos. Alguien vio por revelación que se estaba edificando su casa, pero parecía que en la construcción los obreros trabajaban sólo los sábados.

Él entonces se informó diligentemente acerca de la vida de Deusdedit, y descubrió que de las ganancias de su trabajo de cada día, todo lo que le sobraba de sus gastos para el alimento y los vestidos, lo llevaba regularmente los sábados a la iglesia de san Pedro y lo daba a los pobres. Por eso has de concluir que no sin razón, la construcción de su casa se hacía en día sábado.

2. PEDRO: Sobre este particular estoy conforme. Pero quisiera preguntarte, ¿qué sentido tiene decir que algunas moradas eran alcanzadas por el vapor fétido, y que en cambio otras no podían serlo? ¿Y qué sentido tiene ese puente, y ese río?

3. GREGORIO: Pedro, a partir de las imágenes de las cosas apreciamos las realidades morales. En efecto, vio a los buenos pasar por un puente hacia los lugares amenos, porque *es muy angosto el camino que conduce a la vida* (*Mt* 7,14), y vio correr el río fétido, porque aquí en la tierra la oleada putrefacta de los vicios de la carne corre a diario hacia el abismo.

4. Ciertas moradas eran alcanzadas por los vapores fétidos, pero otras no lo eran en modo alguno, porque hay muchísimos que hacen gran cantidad de buenas obras, pero, sin embargo, sus pensamientos todavía se deleitan en los vicios carnales. Y es ciertamente justo que allí estén asediados por una neblina nauseabunda, los que aquí todavía se deleitan en el hedor carnal. Por eso el bienaventurado Job, al ver que este deleite carnal anida en la hediondez, profiere su sentencia acerca del hombre lujurioso y lascivo: *Su delicia son los gusanos* (*Jb* 24, 20). Pero quienes liberan totalmente su corazón de todo deleite carnal, tienen su morada - según consta con certeza - fuera del alcance de la bruma hedionda.

5. También hay que tener presente que existía a la vez el hedor y la neblina, porque cuando el deleite carnal infecta el alma, sin duda la oscurece para que no vea la claridad de la

luz verdadera. Y cuanto más se deleita en las bajezas, tanto más ha de sufrir el velo sombrío que impide la vista de las cosas de arriba.

6. PEDRO: ¿Hemos de pensar que se puede demostrar por la autoridad de la Sagrada Escritura, que los pecados de la carne son castigados por la hediondez?

XXXIX. El castigo de los Sodomitas

GREGORIO: Sí, se puede. Porque el libro del Génesis nos lo atestigua. Leemos que el Señor hizo caer fuego y azufre sobre los Sodomitas (cf. *Gn* 19, 24), para que el fuego los encendiera y la fetidez del azufre los matara. Puesto que habían ardido en el amor ilícito de la carne corruptible, perecieron en ese fuego pestilente. Así, en su castigo, se darían cuenta de que por haberse deleitado en su propia fetidez, se habían entregado a la muerte eterna.

PEDRO: Confieso que de todas mis dudas, ya no me queda ningún interrogante.

XL. Las almas de algunos, que todavía están en el cuerpo, ven ciertas cosas aflictivas que se refieren al más allá; el joven Teodoro; la muerte de Chrysaurius y de un monje de Isauria

GREGORIO: Hemos de saber también que a veces las almas que aún están en sus cuerpos, ven algo de los castigos del más allá. A algunos, esto les sirve para su edificación personal, y a otros, para edificación de quienes los escuchan.

2. En efecto, aquel joven de quien –según recuerdo– ya hablé en mis homilías al pueblo, aquel muchacho muy inquieto de nombre Teodoro, siguió a su hermano ingresando a mi monasterio, más por necesidad que por su propia voluntad. Le resultaba muy fastidioso que alguien le hablara de la salud de su alma. No solamente no quería obrar bien, sino ni siquiera aguantaba oír hablar de esto. Aseguraba jurando, enojándose o burlándose, que nunca llegaría a tomar el hábito de la vida religiosa.

3. Pero durante la epidemia que recientemente devoró gran parte de la población de esta ciudad de Roma, un tumor en la ingle lo llevó al borde de la muerte. Durante sus últimos momentos, se reunieron los hermanos para proteger su partida mediante la oración. Ya tenía muertas sus extremidades, y solamente en el pecho subsistía latente un resto del calor vital. Todos los hermanos oraban por él tanto más insistentemente, cuanto ya lo veían alejarse con rapidez.

4. De repente se puso a gritar a los hermanos presentes, y a interrumpir sus oraciones con voz fuerte: "¡Aléjense! He aquí que he sido entregado a un dragón para ser devorado. Pero a causa de la presencia de ustedes no lo puede hacer. Mi cabeza ya está dentro de su boca. Retírense para que no me atormente por más tiempo, sino que haga lo que tiene que hacer. Si he sido entregado a él para que me devore, ¿por qué tengo que sufrir esta dilación a causa de ustedes?". Entonces los hermanos le dijeron: "¿Qué estás diciendo, hermano? ¡Hazte la señal de la santa cruz!". El contestó con grandes clamores: "Quisiera santiguarme, pero no puedo, porque el dragón me oprime con sus escamas".

5. Al oír esto, los hermanos se postraron en tierra con lágrimas, y se pusieron a rezar ardientemente por la liberación de su alma.

Y he aquí que de repente el enfermo dio un fuerte grito: "¡Gracias a Dios! El dragón que me había apresado para devorarme, huyó. Fue expulsado por las oraciones de ustedes y no pudo quedarse aquí. Ahora, intercedan por mis pecados, porque estoy dispuesto a convertirme y a abandonar completamente la vida mundana".

Entonces este hombre que, como dije, ya había tenido muertas sus extremidades, fue preservado para la vida. Se convirtió de todo corazón a Dios. Y después de haber cambiado su

mentalidad, fue afligido durante mucho tiempo por sufrimientos. Luego su alma fue liberada de su cuerpo.

6. Al contrario, Chrysaurius, según me contaba su pariente Probo de quien hablé más arriba, fue en este mundo un hombre muy rico, tan lleno de vicios como de bienes, hinchado por la soberbia, dominado por los deseos de su carne, y enardecido por el fuego de la avaricia para aumentar sus bienes.

Pero el Señor dispuso poner fin a tantos males y lo hirió con una enfermedad.

7. El hombre llegó a su fin. A la hora en que iba a salir de su cuerpo, abrió los ojos y vio unos espíritus espantosos y totalmente negros, que se paraban frente a él y por todos los medios trataban de arrastrarlo consigo a las prisiones del infierno. Él palideció, empezó a temblar, a transpirar, a pedir con fuertes gritos una tregua, y a llamar con grandes clamores llenos de confusión a su hijo Máximo, a quien conocí monje siendo yo monje: "¡Máximo, corre! Yo nunca te hice ningún mal. ¡Acógeme bajo tu protección".

8. En seguida llegó Máximo, muy turbado. La familia se reunió llorando con fuertes gemidos. Pero ellos no podían ver a aquellos espíritus malignos cuyas amenazas Chrysaurius tenía que soportar angustiosamente, aunque adivinaban su presencia por las confesiones, la palidez y el estremecimiento de quien era arrastrado. Aterrorizado por estas imágenes horribles, daba vueltas en su lecho de un lado para otro. Acostado sobre el lado izquierdo, no podía soportar su vista. Al volverse hacia la pared, también allí estaban ellos. Aprisionado horrorosamente y desesperado por liberarse, gritó con todas sus fuerzas: "¡Una tregua, al menos hasta mañana! ¡Una tregua, al menos hasta mañana!". Mientras así gritaba, su alma fue arrancada de la morada de su carne.

9. Resulta evidente que no tuvo esta visión para bien suyo sino en favor nuestro. Ella nos beneficia a nosotros, a quienes la paciencia divina espera con longanimidad. Porque ¿de qué le sirvió a él ver, antes de la muerte, a esos espíritus horrendos y haber pedido una tregua, si esa tregua solicitada no le fue concedida?

10. También está todavía entre nosotros Atanasio, el sacerdote de Isauria, que cuenta un suceso terrible, ocurrido en su tiempo en Iconio. Allí, según dijo, en un monasterio llamado "de los Gálatas", vivía un monje tenido en gran estima. Realmente, se lo veía de buenas costumbres y bien dispuesto en todo su modo de actuar, pero como lo demostró su fin, era muy diferente de lo que parecía ser. Cuando ayunaba a la vista de los hermanos, acostumbraba comer a escondidas. Los hermanos ignoraban por completo este vicio suyo. Finalmente, lo sorprendió una enfermedad que puso en peligro su vida.

11. Como se acercara su fin, hizo reunirse junto a sí a todos los hermanos que vivían en el monasterio. Y ellos, en el momento de la muerte de un hombre tan excelente, según pensaban, creyeron que iban a escuchar de su boca algo sublime y exquisito.

Afligido y aterrado, se vio forzado a confesarles a qué enemigo estaba entregado, en el momento en que se veía obligado a partir. Porque dijo: "Cuando creían que estaba ayunando con ustedes, yo comía a escondidas. Y he aquí que ahora estoy entregado al dragón para ser devorado. Con su cola ha atado mis rodillas y mis pies, y ha metido su cabeza dentro de mi boca y me quita el aliento, absorbiéndolo".

12. Dichas estas palabras, expiró. El dragón que él veía, no esperó a que pudiera liberarse por medio del arrepentimiento.

Evidentemente esta visión sirvió sólo a los oyentes, pues elle dio a conocer al enemigo al que había sido entregado, pero del que no pudo escapar.

13. PEDRO: Quisiera saber si hemos de creer que, después de la muerte, existe un fuego purificador.

XLI. Si después de la muerte existe un fuego purificador

GREGORIO: En el Evangelio el Señor dice: *Caminen mientras tengan luz* (*Jn* 12, 35). Por el profeta dice también: *En el tiempo favorable yo te respondí, en el día de la salvación te socorrí* (*Is* 49, 8). El Apóstol Pablo expone lo mismo: *Este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación* (*2 Co* 6, 2).

2. Salomón dice por su parte: *Todo lo que esté al alcance de tu mano, realízalo con tus propias fuerzas, porque no hay obra, ni proyecto, ni ciencia, ni sabiduría, en el Abismo adonde tú irás* (*Qo* 9, 10). Y David finalmente dice: *Porque es eterna su misericordia* (*Sal* 117, 1).

3. De estas sentencias resulta que del modo como cada uno sale de aquí, así se presenta en el juicio. Debemos creer, sin embargo, que hay un fuego purificador para ciertas faltas leves antes del juicio, puesto que la Verdad dice: *Al que hable contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el futuro* (*Mt* 12, 32; *Mc* 3, 29). Esta sentencia da a entender que ciertas culpas pueden ser perdonadas en este mundo, y otras en el futuro. Porque lo que se niega respecto de un punto, por consecuencia lógica se concede respecto de otros.

4. Pero sin embargo, como ya dije, hay que creer que esto se puede aplicar a los pecados leves y mínimos, como la palabrería habitual, la risa inmoderada, o el pecado de las preocupaciones por los bienes materiales que difícilmente cometen sin cierta culpa quienes saben cómo evitarla, o también algún error debido a la ignorancia en un asunto no grave. Todas estas faltas siguen pesando, también después de la muerte, sobre aquellos a quienes no les han sido perdonadas mientras que aún estaban en esta vida.

5. Pablo al decir que Cristo es el fundamento, agrega: *Sobre este fundamento se puede edificar con oro, plata, piedras preciosas, madera, pasto o paja: el fuego probará la calidad de la obra de cada uno. Si la obra construida sobre el fundamento resiste la prueba, el que la hizo recibirá la recompensa; si la obra es consumida, se perderá. Sin embargo, su autor se salvará, como quien se libra del fuego* (*1 Co* 3, 11ss). Aunque esto se puede entender pensando en el fuego de la tribulación que tenemos que padecer en esta vida, no obstante, si alguien lo entiende pensando en el fuego de la purificación futura, tiene que acordarse con diligencia que Pablo, cuando dice que uno puede ser salvado por el fuego, no piensa en aquel que edifica sobre este fundamento con hierro, bronce o plomo, o sea mediante pecados mayores y más graves y por eso ya imperdonables, sino con madera, pasto o paja, o sea mediante pecados muy pequeños y muy leves que el fuego puede consumir fácilmente.

6. Sin embargo, hemos de saber que en el más allá nadie obtendrá perdón alguno, ni aun de los más mínimos pecados, si en esta vida no ha merecido alcanzarlo mediante la práctica de las buenas obras.

XLII. El alma del diácono Pascasio

Cuando yo era joven y vestía ropa secular, oí contar a unos ancianos bien informados que Pascasio, diácono de esta sede apostólica, y autor de libros eminentemente ortodoxos y luminosos sobre el Espíritu Santo, –que nosotros tenemos– había sido un hombre de admirable santidad, dedicado particularmente a la práctica de las limosnas, amigo de los pobres y menospreciador de sí mismo.

En aquel duelo entre Símaco y Lorenzo que enardeció las pasiones de los fieles, él eligió a Lorenzo como pontífice. Abrumado después por la unanimidad de todos, persistió en su decisión hasta el día de su muerte, amando y prefiriendo a aquel a quien la Iglesia, en virtud del juicio de los obispos, había rechazado para presidirla.

2. Murió en la época en que Símaco era pontífice de la sede apostólica. Un poseso por el demonio, al tocar su dalmática colocada sobre el féretro, fue liberado de inmediato.

3. Mucho tiempo después Germán, el obispo de Capua a quien mencioné más arriba, fue por prescripción médica, a tomar baños en beneficio de su salud en las termas de Angulus. Al entrar en las termas, encontró allí al diácono Pascasio que estaba de pie, atendiendo las estufas. Al ver esto, se espantó sobremanera y averiguó qué estaba haciendo allí un hombre tan eximio. El le respondió: "Por ninguna otra razón fui enviado a este lugar de sufrimiento, sino porque me puse de parte de Lorenzo contra Símaco. Pero te ruego que reces al Señor por mí. Y sabrás que has sido escuchado, si al venir la próxima vez ya no me encuentras".

4. El hombre del Señor Germán se entregó con gran fervor a la oración, y al volver después de pocos días, ya no encontró a Pascasio en aquel lugar. Puesto que no había pecado por malicia, sino por ignorancia, pudo ser purificado de su pecado después de la muerte.

5. Debemos creer, no obstante, que gracias a su generosidad en las limosnas, pudo obtener el perdón cuando ya no le era posible actuar.

XLIII. La razón por la que se aclaran en estos últimos tiempos, tantas cosas que antes estaban ocultas, respecto de las almas

PEDRO: Dime, por favor, ¿por qué en estos últimos tiempos se aclaran tantos detalles acerca de las almas, cuando antes todo esto estaba oculto? Pareciera que mediante revelaciones y visiones manifiestas, se nos muestra y abre el mundo que ha de venir.

2. GREGORIO: Es así. Porque cuanto más se acerca a su fin la generación presente, tanto más se hace tangible por su proximidad el mundo futuro y se manifiesta mediante signos más evidentes. En este mundo no podemos vernos unos a otros los pensamientos, mientras que en aquel nos vemos mutuamente en nuestros corazones. ¿Qué es entonces este mundo sino la noche, y qué es el que ha de venir sino el día? Pero así como cuando la noche se acaba y comienza el día, antes de la salida del sol, de algún modo las tinieblas se mezclan con la luz, hasta que los últimos vestigios de la noche que se aleja, se transforman definitivamente en la luz del día siguiente, así también el fin de este mundo se confunde con el principio del siglo futuro, y las últimas tinieblas transparentan resplandores espirituales. De aquel mundo futuro ya vislumbramos muchas cosas pero aún no lo conocemos perfectamente, porque lo vemos como antes de la salida del sol, en una especie de crepúsculo del espíritu.

3. PEDRO: Me gusta lo que dices. Pero en lo que se refiere a Pascasio, ese hombre eminente, se me presenta una duda: ¿Por qué después de su muerte fue llevado a un lugar de castigo, él cuyas vestiduras al ser tocadas en el féretro por un poseso, expulsaron al espíritu maligno?

4. GREGORIO: En esto debemos reconocer el designio grandioso de Dios omnipotente y sus múltiples aspectos. Por juicio divino sucedió que Pascasio sufriera en secreto, durante algún tiempo, la sanción de su pecado. Pero después de su muerte obró milagros a través de su cuerpo a vista de los hombres, por cuanto antes de morir había hecho obras buenas reconocidas por ellos. Así los que habían visto sus obras, no quedaron decepcionados en su estima por sus limosnas, ni fue dejada sin castigo esa falta, que él por no considerarla falta, no la había borrado con sus lágrimas.

5. PEDRO: Lo que dices me hace reflexionar. Apremiado por este caso, me veo obligado a temer no sólo los pecados que conozco sino también los que no llego a conocer.

6. Pero acerca de lo que se trató más arriba, sobre los lugares del castigo del infierno, te quiero preguntar: ¿Dónde debemos pensar que está el infierno? ¿En esta tierra o debajo de esta tierra?

XLIV.¿Dónde hay que creer que está el infierno?

GREGORIO: Sobre este tema no me atrevo a pronunciar temerariamente ninguna sentencia.

Algunos han pensado que el infierno se encuentra en un lugar determinado sobre la tierra, y otros consideran que está debajo de la tierra. Pero aquí se presenta un problema: si se lo llama “infierno” porque está en lo inferior, entonces el infierno debe ser, con respecto a la tierra, lo que la tierra es con respecto al cielo. Tal vez por eso dice el salmista: *Sacaste mi alma del infierno inferior* (*Sal* 85, 13). Parecería entonces que el infierno superior sería la tierra, y el infierno inferior estaría debajo de la tierra.

2. También la palabra de Juan concuerda con esta interpretación. Cuando afirma que vio *un libro sellado con siete sellos* (*Ap* 5, 1), y que *nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de ella, era capaz de abrir el libro ni de romper sus sellos* (*Ap* 5, 3 ss), agregó: *Y yo me puse a llorar* (*Ap* 5, 4). Pero seguidamente dice que el libro será abierto por *el León de la tribu de Judá* (*Ap* 5, 5).

3. Con este libro, ¿qué otra cosa se señala sino la Sagrada Escritura, que ha sido abierta únicamente por nuestro Señor? Él, al hacerse hombre, ha revelado por su muerte, resurrección y ascensión todos los misterios que en ella estaban encerrados. Y nadie en el cielo, ni siquiera los ángeles, ni nadie en la tierra, ni el hombre que vive en el cuerpo, ni nadie debajo de la tierra ha sido encontrado digno, porque ni las almas que ya han salido del cuerpo, con la única excepción del Señor, han podido aclararnos los secretos de la palabra divina. Entonces, cuando se nos dice que nadie debajo de la tierra ha sido encontrado digno de abrir el libro, no veo ningún impedimento para creer que el infierno se halla debajo de la tierra.

XLV. En la *gehena,* ¿hay un fuego único o hay fuegos diversos?

PEDRO: Dime, por favor: ¿Hay que creer que en el infierno existe un único fuego, o bien, debemos pensar que hay preparados tantos fuegos cuantas son las diferentes clases de pecados?

2. GREGORIO: En el infierno hay un único fuego, pero no tortura del mismo modo a todos los pecadores. Porque cada uno experimenta el castigo de acuerdo a las exigencias de su pecado. Es como en este mundo: aquí hay mucha gente bajo el mismo sol, y sin embargo, ellos no sienten igualmente el ardor de ese único sol, porque uno se acalora más y otro menos; del mismo modo en el más allá un mismo fuego no causa una misma clase de quemadura, porque lo que aquí en la tierra está condicionado por la diversidad de los cuerpos, allá lo está por la diversidad de los pecados. Así, no tendrán un fuego diferente y no obstante, cada uno será quemado de un modo diferente.

XLVI. Si los que son destinados al incendio de la *gehena* arden eternamente

PEDRO: Una pregunta, si me permites: ¿Podemos decir que aquellos que han sido arrojados una vez allí, se abrasarán para siempre?

GREGORIO: Consta con absoluta certeza que, así como no tiene fin la felicidad de los buenos, tampoco tendrán fin los tormentos de los malos. Puesto que la Verdad dice: *Estos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna* (*Mt* 25, 46), y siendo verídico lo que promete, sin ninguna duda, no será falso aquello con lo que Dios amenazó.

2. PEDRO: Pero si alguien dijera: Dios ¿ha amenazado a los pecadores con una pena eterna, para impedirles que cometan pecados?

GREGORIO: Si es falso aquello con lo que ha amenazado para apartarlos de la injusticia, también es falso lo que ha prometido para exhortarlos a la justicia. Pero, ¿quién será tan insensato para atreverse a decir esto? Y si ha amenazado con algo que no intentaba cumplir,

cuando queremos aseverar que es misericordioso, nos vemos obligados a afirmar que es falaz. Pero decir esto es un sacrilegio.

3. PEDRO: Quisiera saber cómo puede ser justo castigar infinitamente una falta finita.

GREGORIO: Se diría esto con razón si el juez riguroso no juzgara los corazones de los hombres, sino sus actos. Si los malvados faltaron durante un tiempo limitado, es porque tuvieron una vida limitada, ya que, si hubieran podido, ciertamente hubieran querido vivir sin fin, para poder pecar sin fin. Demuestran que desean vivir siempre en el pecado, quienes durante su vida nunca dejan de pecar. Corresponde sin duda a la gran justicia del que juzga, el hecho de que nunca les falte el suplicio a quienes en esta tierra nunca quisieron estar exentos de pecado.

4. PEDRO: Pero ningún hombre justo se alimenta de la crueldad, y si el servidor que falta es entregado al castigo por su señor justo, es para que se corrija de su maldad. Evidentemente, es castigado con el fin de que se enmiende. Pero los malvados que han sido entregados al fuego de la gehena, si no pueden llegar a corregirse, ¿con qué fin habrán de arder para siempre?

5. GREGORIO: Dios omnipotente, por ser compasivo, no se alimenta del tormento infligido a los miserables. Pero por ser justo, nunca jamás se cansa de vindicar las iniquidades. Todos los malvados que han sido enviados al suplicio eterno, ciertamente son castigados por su iniquidad; no obstante arden con miras a un objetivo: que todos los justos vean en Dios las alegrías que reciben, y en los condenados, los tormentos de los que se han librado. Así han de reconocerse por siempre como deudores de la gracia divina, tanto más cuanto pueden ver cómo son castigados por siempre las maldades que ellos con la gracia de Dios han podido superar.

6. PEDRO: ¿Y cómo son santos, quienes no rezan por sus enemigos a los que ven arder así, puesto que se ha dicho: *¡Oren por sus enemigos!* (*Mt* 5, 44)?

7. GREGORIO: Ellos rezan por sus enemigos durante el tiempo en que pueden convertir sus corazones a una penitencia provechosa y salvarlos mediante esta conversión. ¿Porque, qué otra cosa hay que pedir en la oración por los enemigos, sino lo que dice el Apóstol: *Teniendo en cuenta que Dios puede concederles la conversión y llevarlos al conocimiento de la verdad, librándolos de la trampa del demonio que los tiene cautivos al servicio de su voluntad* (*2 Tm* 2, 25ss)? ¿Y cómo se va a rezar entonces por aquellos, que ya de ningún modo pueden convertirse de la iniquidad a las obras de la justicia?

8. No se reza por los hombres condenados al fuego eterno por la misma razón por la que, en el tiempo presente, no se reza por el diablo ni por sus ángeles destinados al suplicio eterno.¿Y cuál es la razón por la que en el tiempo presente los hombres santos no rezan por los difuntos infieles e impíos, sino porque saben que ya han sido destinados al suplicio eterno y quieren evitar que su oración carezca de mérito ante la mirada de aquel juez justo?

9. Si ahora, los justos que todavía viven, no tienen ninguna compasión de los injustos muertos y condenados, cuando ellos mismos se reconocen aún susceptibles de ser juzgados a propósito de su propia carne, cuanto más severamente van a mirar los tormentos de los malvados en aquel momento, cuando, ya libres de todo vicio de corrupción, se adherirán más íntima y estrechamente al que es la justicia. Por el hecho de que se adhieren al justísimo juez, la fuerza de la severidad absorbe de tal modo sus espíritus, que no sienten ninguna complacencia por lo que se aparta –por mínimo que sea– de esa norma interior.

XLVII. ¿Cómo se puede decir que el alma es inmortal, si consta que es castigada con la muerte?

PEDRO: No tengo nada que contestar a un argumento tan claro. Pero ahora, otra cuestión ocupa mi mente. ¿Cómo se puede decir que el alma es inmortal, cuando sabemos que debe morir en el fuego eterno?

2. GREGORIO: Puesto que hay dos modos de hablar de la vida, también hay que entender la muerte de dos modos. Porque una cosa es vivir en Dios, y otra vivir como seres creados; o también: una cosa es vivir como bienaventurados, y otra, vivir en razón de nuestra esencia. Por eso el alma es mortal e inmortal: mortal, porque puede perder la vida de la bienaventuranza, inmortal, porque nunca deja de vivir en razón de su esencia ni puede perder la vida de su naturaleza, ni siquiera condenada a la muerte perpetua. Allí, pierde el estado de la bienaventuranza y no pierde el ser. Así se ve siempre obligada a sufrir una muerte sin muerte, una privación sin privación, y un fin sin fin, en cuanto para ella la muerte resulta ser inmortal, la privación inagotable, y el fin infinito.

3. PEDRO: Ante esta inexplicable sentencia de condenación, ¿quién al llegar a la muerte, cualquiera haya sido su conducta, no se sentirá invadido de terror? Porque, incluso sabiendo lo que ha hecho, todavía no sabe con qué agudeza serán juzgados sus actos.

XLVIII. Un hombre santo que se aterrorizó al llegar a la muerte

GREGORIO: Es como tú dices. Pero muchas veces ya sólo el miedo purifica las almas de los justos de sus faltas mínimas en el momento de su partida. Como yo, también tú lo has oído contar con frecuencia respecto de cierto hombre que era un santo. Al llegar a la hora de la muerte, se sintió invadido por un temor tremendo, pero después de su muerte se apareció a sus discípulos con una vestidura blanca, y les hizo saber con cuánto honor había sido recibido.

XLIX. Algunos, al morir, son alentados por una revelación a no tener miedo; los monjes Antonio, Mérulo y Juan

A veces, sin embargo, Dios omnipotente alienta previamente con determinadas revelaciones a las almas de los temerosos, para que no tengan ningún miedo en el momento de la muerte.

2. En el monasterio vivía conmigo un tal hermano Antonio, que diariamente con muchas lágrimas suspiraba por las alegrías de la patria celestial. Estudiaba con mucha aplicación y con gran fervor los textos de la sagrada Escritura. No buscaba en ella los conceptos de la erudición, sino el llanto de la compunción. Excitada así, su alma se enardecía despreciando las cosas de aquí abajo, para volar mediante la contemplación hacia las regiones de la patria celestial.

3. En una visión nocturna se le dijo: "¡Prepárate a partir, porque así lo manda el Señor!" Al objetar que no tenía los medios para el viaje, oyó de inmediato la respuesta: "Si te refieres a tus pecados, te han sido perdonados". Oyó esto por primera vez, y se quedó temblando de miedo. La noche siguiente fue advertido de nuevo con las mismas palabras. Luego, al cabo de cinco días fue arrebatado por la fiebre, y mientras todos los hermanos lloraban y rezaban, murió.

4. Otro hermano del mismo monasterio, de nombre Mérulo, estaba enteramente entregado a las lágrimas y a las limosnas. Casi nunca interrumpía su salmodia, excepto cuando alimentaba su cuerpo o entregaba sus miembros al sueño. En una visión nocturna se le apareció una corona de flores blancas, que desde el cielo descendía sobre su cabeza. Pronto cayó enfermo y murió en gran paz y alegría de espíritu.

5. Junto a su sepulcro, catorce años más tarde, Pedro, que actualmente es el superior del monasterio, quiso preparar su propia sepultura. Afirma que del sepulcro de Mérulo emanó una

fragancia tan deliciosa, como si allí hubieran sido concentrados los aromas de todas las flores. De este modo resultó patente la veracidad de lo que aquel había visto en su visión nocturna.

6. En el monasterio vivía también otro hermano, de nombre Juan, un joven dotado de excelentes cualidades, muy por encima de su edad por su inteligencia y humildad, su seriedad y delicadeza. A causa de una enfermedad le llegó la hora de su muerte. En una visión nocturna se le apareció un anciano que, tocándolo con una vara, le dijo: "¡Levántate! Por esta enfermedad no vas a morir. Pero mantente preparado, porque ya no te quedarás aquí durante mucho tiempo". Entonces él, después de haber sido desahuciado por los médicos, se curó de inmediato y recuperó sus fuerzas. Contó lo que había visto y se entregó, durante dos años, al servicio de Dios comportándose, como antes dije, muy por encima de su edad.

7. Hace tres años murió un hermano y lo enterramos en el cementerio del monasterio. Luego todos nos retiramos del lugar y Juan, según contó después, pálido y tembloroso, permaneció allí. Al alejarnos nosotros, fue llamado desde el sepulcro por el hermano que había muerto. Su fin, que no tardó en llegar, confirmó pronto lo que había dicho: diez días después fue abatido por la fiebre y liberado de su carne.

L. Si los sueños deben ser tenidos en cuenta, y cuántas clases de sueños existen

PEDRO: Quisiera saber si hay que tener en cuenta lo que se ve en las visiones nocturnas.

2. GREGORIO: Hay que tener presente, Pedro, que las imágenes de los sueños llegan al alma de seis maneras. Algunas veces los sueños se originan por el estómago, lleno o vacío; otras por una ilusión, o por una reflexión y una ilusión; o también por una revelación, o por una reflexión y una revelación. Las dos primeras clases que mencionamos, todos las conocemos por experiencia. Y las otras cuatro, las encontramos en las páginas de la Sagrada Escritura.

3. Si los sueños no fueran producidos comúnmente por el enemigo oculto mediante una ilusión, seguramente el sabio no diría: *Los sueños han extraviado a muchos que cayeron por esperar en ellos* (*Si* 34, 7); o también: *No practicarán la adivinación ni harán caso a los sueños* (*Lv* 19, 26). Estas sentencias manifiestan cuánto hay que detestar lo que se refiere a los presagios.

4. Por otra parte, si los sueños a veces no provinieran al mismo tiempo de una reflexión y una ilusión, el sabio en modo alguno habría dicho: *Los sueños vienen de las muchas ocupaciones* (*Qo* 5, 2). Y si de vez en cuando los sueños no nacieran del misterio de la revelación, José no habría visto en sueños que iba a ser preferido a sus hermanos (cf. *Gn* 37, 5ss), ni el ángel habría exhortado por un sueño al esposo de María a tomar al niño y a huir a Egipto (cf. *Mt* 2, 13).

5. Y por otra parte, si algunas veces los sueños no provinieran de una reflexión y una revelación, el profeta Daniel, al explicarle a Nabucodonosor su visión, de ninguna manera habría partido de una reflexión, diciendo: *A ti, rey, mientras estabas en tu lecho, te sobrevinieron pensamientos acerca de lo que va a suceder en adelante, y el que revela los misterios te ha hecho conocer lo que va a suceder* (*Dn* 2, 29); y poco después: *Estabas mirando, y viste una gran estatua. Esa estatua, enorme y de un brillo extraordinario, se alzaba delante de ti* (*Dn* 2, 31), etc. Así, cuando Daniel aclara respetuosamente que el sueño se va a cumplir, y manifiesta de qué reflexión ha nacido, se demuestra abiertamente que muchas veces el sueño se origina en una reflexión y al mismo tiempo en una revelación.

6. Pero como los sueños difieren entre sí según las diversas modalidades de los hechos, resulta tanto más difícil creerles, cuanto menos fácilmente se vislumbra su procedencia. Pero los santos, en virtud de cierto instinto interior, son capaces de distinguir las voces o imágenes de sus visiones, discerniendo entre ilusiones y revelaciones, y así saben si lo que reciben procede

del espíritu bueno, o si lo que sufren proviene de una ilusión. Porque a este respecto si la mente no es precavida, el espíritu engañador la sumerge en una multitud de falsas ilusiones, que muchas veces predicen la verdad, para atrapar al fin al alma por medio de una sola mentira.

LI. El hombre a quien se le prometió en sueños una larga vida, y que al poco tiempo murió

Algo así, sin ninguna duda, le sucedió hace poco a uno de nuestros amigos. El prestaba a los sueños una atención excesiva. Por un sueño vio que se le prometía una vida muy prolongada. Después de haber reunido mucho dinero para cubrir los gastos de una vida dispendiosa, murió tan repentinamente que dejó todo intacto, sin llevar consigo ni la más mínima ganancia provechosa.

LII. ¿Es ventajoso para las almas que sus cuerpos sean sepultados en una iglesia?

PEDRO: Recuerdo a quien te refieres. Pero te ruego que terminemos lo que hemos empezado. ¿Hemos de pensar que será de algún provecho para las almas, si sus cuerpos han sido sepultados en las iglesias?

2. GREGORIO: Para los muertos que no se sienten oprimidos por pecados graves, la sepultura en una iglesia es útil porque sus familiares, cada vez que se reúnen en esos lugares sagrados, al ver sus sepulcros, se acuerdan de ellos y dirigen por ellos sus oraciones al Señor. Pero respecto de los que tienen pecados graves, la sepultura de sus cuerpos en las iglesias no les merece ninguna absolución, sino más bien les aumenta el castigo.

Todo esto se explica mejor, si mencionamos brevemente algunos ejemplos recientes.

LIII. Una religiosa enterrada en la iglesia del mártir san Lorenzo, y que apareció medio quemada

El venerable Félix, obispo de Porto, nació y fue educado en el distrito de Sabinia. El afirma que en ese lugar vivía una religiosa que por cierto guardaba continencia, pero no se abstenía de la insolencia de la lengua ni de la palabrería necia. Murió y fue sepultada en la iglesia.

2. Pero aquella noche, el sacristán de la iglesia vio por una revelación, que era conducida ante el altar sagrado y cortada por el medio, y que el fuego quemaba una de las partes, mientras que la otra se conservaba intacta.

A la mañana, contó el suceso a los hermanos y quiso mostrarles el lugar donde ella había sido quemada. Ocurrió que en el mármol delante del altar aparecieron las huellas de las llamas, como si allí la mujer hubiera sido reducida a cenizas por un fuego material.

3. Con este suceso se da a entender con claridad que aquellos, cuyos pecados no han sido perdonados, no encuentran en los lugares sagrados ninguna ayuda para evitar el juicio.

LIV. El entierro del patricio Valeriano

Juan, el Magnífico, subprefecto en nuestra ciudad y cuya veracidad y seriedad conocemos, me ha contado que en la ciudad de Brescia había muerto el patricio Valeriano. El obispo de la ciudad, habiendo recibido el precio conveniente, le concedió un lugar en la iglesia para la sepultura.

Valeriano vivió muy ligera y frívolamente hasta en su más avanzada edad, sin preocuparse de poner límite a sus vicios.

2. En la misma noche de su sepultura, el bienaventurado mártir Faustino en cuya iglesia había sido enterrado su cuerpo, se apareció a su sacristán y le dijo: "Vete y dile al obispo, que saque de este lugar esas carnes repugnantes que ha puesto aquí, porque si no lo hace, morirá dentro de treinta días".

El sacristán tuvo miedo de comunicar al obispo esta visión, y tampoco lo hizo al ser advertido por segunda vez. Pero el día trigésimo el obispo de la ciudad, que al anochecer se había retirado a su lecho en perfecto estado de salud, murió repentinamente.

LV. El cuerpo de Valentino arrojado fuera de la iglesia después de la muerte

Todavía están aquí, nuestro venerable hermano Venancio, obispo de Luna, y Liberio, el Magnífico, hombre nobilísimo y absolutamente veraz. Ellos atestiguan que saben y que sus hombres vieron con sus propios ojos, lo que ha pasado hace poco en la ciudad de Génova, y han hecho de ello un informe.

2. Relatan que allí murió el abogado defensor de la Iglesia de Milán, cuyo nombre era Valentino. Era un hombre lascivo y entregado a todo tipo de ligerezas. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia del bienaventurado confesor Siro.

A medianoche se oyó en la iglesia un vocerío, como si alguien hubiera sido expulsado de ella y arrastrado afuera. A este ruido acudieron los sacristanes y vieron a dos espíritus horribles y repugnantes, que habían atado los pies de Valentino con una especie de ligadura y lo arrastraron fuera de la iglesia, mientras que él gritaba y vociferaba estridentemente. Los sacristanes, aterrorizados, volvieron a sus camas.

3. A la mañana, cuando abrieron el sepulcro en el que Valentino había sido puesto, no encontraron su cuerpo. Buscaron fuera de la iglesia el lugar adonde podría haber sido arrojado y lo encontraron en otro sepulcro con los pies aún atados, tal como había sido retirado de la iglesia.

4. De este suceso, Pedro, has de sacar la conclusión de que quienes son oprimidos por pecados graves, si hacen que se los entierre en un lugar sagrado, deben esperar que serán juzgados además por su presunción, sabiendo que los lugares sagrados no los liberan, sino más bien los acusan de su pecado de temeridad.

LVI. El cuerpo de un tintorero enterrado en la iglesia, y después no encontrado

He aquí lo que también ocurrió en nuestra ciudad. Numerosos tintoreros que habitan aquí son testigos de ello. Habiendo muerto el presidente de su corporación, fue sepultado por su mujer en la iglesia del bienaventurado mártir Jenaro, junto a la puerta de san Lorenzo. Pero durante la noche, después del entierro, el sacristán oyó gritar al espíritu del difunto: "¡Me quemo! ¡Me quemo!". Durante mucho tiempo profirió estos gritos. El sacristán se lo comunicó a su esposa.

2. Ella envió a algunos hombres de su oficio a la iglesia, para que se cercioraran minuciosamente acerca del asunto. Quería saber en qué estado se hallaba el cuerpo en el sepulcro, de donde habían salido tales gritos. Abrieron el sepulcro y encontraron los vestidos intactos. Estos siguen siendo conservados hasta el momento presente en la iglesia, para que sirvan de testimonio del suceso. Pero en cuanto a su cuerpo, no pudieron encontrarlo de ninguna manera, como si no hubiera sido depositado en ese sepulcro.

3. De este hecho, se puede deducir el grado del escarmiento con que fue condenada el alma de este hombre, cuya misma carne fue arrojada de la iglesia. Por consiguiente, ¿para qué son útiles los lugares sagrados a los ahí enterrados, cuando por disposición divina los indignos son arrojados de allí?

LVII. Lo que puede ayudar a liberar a las almas después de la muerte; el sacerdote de Centumcellae a quien el espíritu de un hombre le pidió que lo ayudara después de su muerte con la sagrada hostia; el alma del monje Justo

PEDRO: Entonces, ¿qué es lo que podría ayudar eficazmente a las almas de los muertos?

2. GREGORIO: Si las culpas después de la muerte no son imperdonables, la sagrada ofrenda de la hostia salvífica suele ayudar mucho a las almas, también después de la muerte, a tal punto que no pocas veces las mismas almas de los difuntos parecen pedir esto mismo.

3. El obispo Félix, de quien ya hablé, dice que se enteró de esto por un presbítero venerable, muerto hace dos años, que vivía en la diócesis de la ciudad de Centumcellae y presidía la iglesia de san Juan en Tauriana. En aquel lugar, las aguas calientes emiten vapores en cantidad sobreabundante, y el presbítero tomaba allí sus baños, cada vez que le parecía necesario para su salud.

4. Un día en que había entrado allí, encontró a un hombre desconocido preparado para atenderlo, que le sacó los zapatos, recogió su ropa, le ofreció la toalla a la salida de los baños, y efectuó todo su servicio con suma diligencia.

5. Como esto se repetía con cierta frecuencia, un día en que se disponía a ir a los baños, el presbítero pensó para sí mismo: "¡No debo mostrarme ingrato con este hombre, que con tanta dedicación suele atenderme en los baños! Es necesario que le lleve alguna recompensa por su servicio". Y entonces llevó consigo dos panes destinados para la ofrenda.

Apenas llegó al lugar, encontró al hombre que, como de costumbre, le prestó sus servicios en todo. Después del baño, y ya vestido y dispuesto a salir, ofreció a ese hombre, tan servicial para con él, lo que había llevado consigo, pidiéndole que aceptara bondadosamente lo que le ofrecía en gracia a su caridad.

6. El otro, triste y acongojado, le contestó: "¿Por qué me das esto, Padre? Este pan es santo, yo no puedo comerlo. Así como me ves, fui en otro tiempo el dueño de este lugar, pero a causa de mis culpas fui enviado aquí después de mi muerte. Pero si quieres hacerme un favor, ofrece por mí este pan a Dios omnipotente, intercediendo así por mis pecados. Y sabrás que has sido atendido, si al volver aquí para bañarte ya no me encuentras". Con estas palabras desapareció, y quien tenía las apariencias de ser un hombre dio a conocer, al desvanecerse, que era un espíritu.

7. El presbítero, durante toda una semana, se mortificó por él con lágrimas y ofreció todos los días la hostia salvífica. Cuando otra vez volvió a los baños, ya no lo encontró.

Así se muestra la utilidad que tiene para las almas el sacrificio de la sagrada ofrenda, desde el momento que los mismos espíritus de los muertos lo solicitan a los vivientes, e indican los signos por los que se puede reconocer que han sido absueltos.

8. Pienso que tampoco debo callar lo que, según me acuerdo, sucedió en mi monasterio hace tres años.

Un monje, de nombre Justo, que había estudiado medicina, solía atenderme con diligencia y velarme en mis constantes enfermedades, cuando yo vivía en el monasterio.

Cayó enfermo y llegó a su fin. Durante su enfermedad lo atendía su propio hermano, de nombre Copioso, que aún actualmente, aquí en la ciudad de Roma, se gana la vida ejerciendo el arte de la medicina.

9. Justo, dándose cuenta de que llegaba a su fin, confió a su hermano Copioso que tenía escondidas tres monedas de oro. Lo cual, evidentemente, no podía quedar oculto a los

hermanos. Averiguando minuciosamente y revisando todos sus medicamentos, encontraron las tres monedas de oro escondidas entre sus remedios.

10. El hecho me fue comunicado en seguida, y no pude tolerar con moderación un mal tan grave en un hermano, que había vivido en comunidad con nosotros. Porque la Regla de nuestro monasterio fue siempre que todos los hermanos vivieran comunitariamente a tal punto, que nadie tuviera el derecho de poseer algo en propiedad.

Entonces, invadido por una gran tristeza, me puse a pensar qué medidas debía tomar que sirvieran de expiación al moribundo y de ejemplo a los hermanos.

11. Hice llamar a Precioso, el prior del monasterio, y le dije: «¡Ve! ¡Que ninguno de los hermanos se acerque al moribundo, ni éste reciba de ninguno de ellos palabra alguna de consuelo! Y cuando al llegar el momento de la muerte reclame la presencia de los hermanos, que su hermano Copioso le diga que, por las monedas que guardaba a escondidas, es abominado de sus hermanos. Así al menos frente a la muerte, la amargura causada por su culpa traspasará su alma y será purificado del pecado que ha cometido. Y cuando haya muerto, que no lo entierren con los hermanos, sino hagan una fosa en cualquier parte del estercolero, arrójenlo allí, tiren sobre él las tres monedas de oro que ha dejado, y clamen todos juntos: "¡Quédese contigo tu dinero para tu perdición!". Luego, cúbranlo con tierra».

12. De este modo, ambas medidas resultarían provechosas: una para el moribundo y la otra para los hermanos vivos; a aquél la amargura de la muerte lo haría arrepentirse de su culpa, y la condena tan severa de la avaricia impediría a éstos ser arrastrados al pecado.

13. Así se hizo. Cuando este monje llegó al borde de la muerte y ansiosamente trató de encomendarse a los hermanos y ninguno de ellos se dignó acercársele y hablarle, su hermano Copioso le explicó por qué había sido abominado de todos. De inmediato deploró profundamente su falta, y con esta tristeza dejó esta vida. Fue sepultado como yo lo había indicado. Todos los hermanos, consternados por esta sentencia, empezaron a entregar en público, uno tras otro, pequeños objetos que la Regla siempre les había permitido tener. Temían extremadamente poseer algo que pudiera ser causa de reprensión.

14. Treinta días después de su muerte, compadecido del hermano difunto y considerando con profundo dolor sus suplicios, empecé a buscar un remedio que lo librara de ellos. Entonces llamé otra vez a Precioso, el prior de nuestro monasterio, y le dije con tristeza: "Ya hace tiempo que aquel hermano que falleció, es atormentado por el fuego. Le debemos un servicio de caridad y ayudarlo en lo posible a que se salve. Ve, entonces, y haz que, a partir de hoy durante treinta días seguidos, se ofrezca por él el sacrificio. Que no pase ningún día sin que se inmole la hostia salvífica para que sea absuelto". Precioso se retiró en seguida y obedeció.

15. Nosotros, mientras tanto, nos ocupamos de otros asuntos, sin contar los días que pasaron. Una noche, el hermano que había fallecido, se apareció a su hermano Copioso en una visión. Al verlo, éste le preguntó: "¿Qué pasa, hermano? ¿Cómo estás?". Y él le respondió: "Hasta este momento estuve mal, pero ahora ya estoy bien, porque hoy recibí la comunión".

16. Copioso fue en seguida a informar a los hermanos del monasterio. Los hermanos contaron cuidadosamente los días, y ese era el día en que por trigésima vez se había realizado la oblación por Justo. Copioso no sabía lo que los hermanos habían hecho por el difunto y los hermanos ignoraban lo que Copioso había visto respecto de él. En un mismo e idéntico instante, Copioso se enteró de lo que habían hecho los hermanos, y ellos se enteraron de lo que él había visto, y así, ante la coincidencia de la visión y del sacrificio, se hizo patente que el hermano difunto se había liberado del suplicio gracias a la hostia salvífica.

17. PEDRO: ¡Es del todo admirable lo que estoy oyendo, y me alegro de todo corazón!

LVIII. La vida y el tránsito del obispo Casio

GREGORIO: Con el fin de que no pongamos en duda las palabras pronunciadas por los muertos, éstas son confirmadas por los hechos de los vivientes.

Casio, un hombre de vida venerable y obispo de Narni, tenía por costumbre ofrecer a Dios diariamente el sacrificio, y a la vez se inmolaba con lágrimas durante el misterio de ese sacrificio. Mediante una visión de uno de sus presbíteros recibió del Señor la siguiente orden: "Haz lo que estás haciendo, y trabaja en lo que estás trabajando. Que no descanse tu pie, y que no descanse tu mano. En la fiesta de los Apóstoles vendrás junto a mí, y yo te daré tu recompensa".

2. Al cabo de siete años, en la fiesta de los Apóstoles, después de haber celebrado la misa solemne y recibido el misterio de la santa comunión, salió de su cuerpo.

LIX. El prisionero de guerra cuyas cadenas se desataban a la hora de la oblación; y el marinero Varaca salvado del naufragio por la hostia salvífica

También oímos hablar de un hombre que había sido llevado cautivo por los enemigos y atado con cadenas. Su mujer tenía por costumbre, en determinados días, ofrecer por él el sacrificio. Después de mucho tiempo volvió junto a ella y le contó, en qué días se le habían desatado sus cadenas, y ella se dio cuenta de que eran los mismos días en que había ofrecido el sacrificio por él.

Este hecho se ve confirmado con toda seguridad por otro análogo, ocurrido hace siete años.

2. Agatón, el obispo de Palermo, –así me lo han atestiguado y siguen atestiguándolo muchos feligreses y hombres piadosos– cuando recibió de parte de mi predecesor, de feliz memoria, la orden de presentarse en Roma, tuvo que soportar un violento temporal, de modo que se preguntaba si podría escapar del peligro tan grande de las olas. Uno de los marineros, de nombre Varaca, actualmente integrado en el clero de la Iglesia de Palermo, dirigía la canoa detrás de la nave. Al romperse el cable de la canoa, el marinero con su embarcación desapareció de repente entre las crestas de las olas. La nave, presidida por el obispo, llegó por fin, después de muchos peligros y gravemente averiada por el oleaje, a la isla de Ustica.

3. Al tercer día, el obispo, al no ver aparecer en el mar por ninguna parte a su marinero, que había sido arrastrado con su embarcación, se afligió mucho, creyendo que había muerto. Como un deber de caridad, quiso hacer por el muerto, lo único que le era posible, es decir, dio la orden que se ofreciera a Dios omnipotente, por la absolución de su alma, el sacrificio de la víctima salvífica. Después de haber ofrecido el sacrificio y restaurado la nave, volvió a Italia. Al llegar al puerto de Roma, el obispo encontró allí al marinero que daba por muerto. Se alegró por un gozo tan inesperado y le preguntó cómo había podido vivir, durante tantos días, en medio de aquel mar tan peligroso.

4. Entonces él contó que cuantas veces había sido sacudida por las olas de aquella tempestad la canoa que guiaba, siempre había flotado en ésta llena de agua, y cuantas veces ella se había dado vuelta de arriba para abajo, él se había sentado en la quilla. Y agregó de qué manera la misericordia divina lo había salvado mientras hacía eso incesantemente, día y noche, con sus fuerzas ya agotadas por el hambre y la fatiga.

5. Dio entonces la explicación que sigue afirmando hasta hoy: "Estaba luchando en medio de las olas, desfalleciente, cuando de repente mi cabeza se sintió pesada, y ya no sabía si el sueño me había vencido o si estaba despierto. Y he aquí que, mientras me encontraba en medio del mar, alguien se me apareció y me trajo un pan para comer. Apenas lo comí, recobré mis fuerzas. Y después, no lejos, pasó un navío que me rescató del peligro de las olas y me condujo a tierra".

Al oír esto, el obispo averiguó el día, y se enteró que era el mismo día en que el presbítero, en la isla de Ustica, inmoló por él a Dios omnipotente la hostia de la oblación sagrada.

6. PEDRO: Lo que me estás narrando, lo supe yo también cuando me hallaba en Sicilia.

GREGORIO: Creo que esto sucede tan notoriamente a los vivientes que lo ignoran, para mostrar a todos los que hacen la oblación y lo ignoran, que si las culpas no fueran imperdonables, la víctima de la sagrada oblación puede ser útil para absolver incluso a los muertos. Pero hay que saber que estas víctimas sagradas pueden beneficiar únicamente a aquellos difuntos que, durante su vida, merecieron ser ayudados también después de su muerte, por las buenas obras que otros hacen por ellos aquí en la tierra.

LX. El poder misterioso de la víctima salvífica

No obstante debemos pensar que el camino más seguro es hacer uno mismo en esta vida el bien que se podría esperar para sí de la benevolencia de los demás, después de la muerte. Evidentemente hay mayor felicidad en partir de aquí libre, que en suspirar por la libertad después de haber dejado las cadenas. Por eso debemos despreciar de todo corazón el mundo presente, por lo menos al ver que va pasando, e inmolar a Dios con lágrimas nuestros sacrificios de cada día, y cada día inmolar las hostias de su carne y de su sangre.

2. Esta víctima salva al alma de la muerte eterna de una manera incomparable, porque renueva para nosotros en el misterio la muerte del Unigénito, quien aunque *después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre él* (*Rm* 6,9), sin embargo, viviendo en sí mismo de un modo inmortal e incorruptible, es inmolado por nosotros de nuevo en este misterio de la oblación sagrada. Aquí, entonces, se consume su cuerpo, se parte su carne para la salvación del pueblo, y se derrama su sangre no ya por las manos de los infieles, sino en la boca de los fieles.

3. Pensemos, por eso, cuál debe ser para nosotros este sacrificio que, para nuestra absolución, siempre imita la Pasión del Hijo unigénito. Porque, ¿quién de entre los fieles puede dudar de que a la hora precisa de la inmolación, a la voz del sacerdote, se abren los cielos, están presentes en el misterio de Jesucristo los coros de los ángeles, se une lo ínfimo con lo supremo, se junta lo terreno con lo celestial, y se funden en uno lo visible y lo invisible?

LXI. Hace falta afligir el corazón durante los santos misterios y vigilar el espíritu después de la compunción

Pero es necesario, cuando hacemos esto, que nos inmolemos a nosotros mismos a Dios mediante la contrición del corazón, porque cuando celebramos los misterios de la Pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos. Entonces será una verdadera hostia ofrecida a Dios por nosotros, si hace de nosotros mismos una hostia.

2. Pero tenemos que esforzarnos, también después de los tiempos de la oración, por mantener el espíritu en su gravedad y en su vigor, en cuanto podemos hacerlo con la gracia de Dios, no sea que pensamientos fluctuantes lo debilite, que una ligereza insensata se deslice dentro del alma, y que ésta pierda el mérito de la compunción por la negligencia de esos pensamientos fluctuantes. Fue así como Ana mereció obtener lo que había solicitado, ya que después de las lágrimas perseveró en la misma atención vigorosa. En efecto, de ella está escrito: *Su rostro ya no adquirió expresiones diversas ni cambió en adelante* (*1 S* 1, 18). Por no haberse olvidado de lo que había solicitado, no fue privada del don implorado.

LXII. Hay que perdonar a los otros sus culpas, para que nos sean perdonadas las nuestras

Pero también hay que saber que para pedir correctamente el perdón de una falta, se debe perdonar primero los delitos cometidos por los otros contra uno mismo. Porque no se acepta un don, a menos que se rechace del alma previamente la discordia, tal como lo ha dicho la Verdad: *Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y solo entonces vuelve a presentar tu ofrenda* (*Mt* 5, 23s). En consecuencia hay que pensar, que si toda falta es disculpada gracias a una ofrenda, qué grave debe ser la falta de discordia, que torna inaceptable toda ofrenda. Por eso debemos acercarnos mentalmente al prójimo, aunque esté muy lejos y muy separado de nosotros, y someterle nuestro espíritu y aplacarlo con humildad y benevolencia, para que así nuestro Creador vea la buena disposición de nuestro espíritu, y al recibir así la ofrenda por la falta, nos absuelva del pecado.

2. Conforme a lo que atestigua la Verdad, sabemos que el servidor que debía diez mil talentos, al hacer penitencia recibió del Señor la absolución de su deuda, pero porque no remitió la deuda a su compañero que le debía cien denarios, el Señor ordenó que se le exigiera lo que ya le había sido condonado (cf. *Mt* 18, 23 ss.). Consta, en base a estas palabras, que cuando no perdonamos de corazón las faltas cometidas contra nosotros, se nos exige de vuelta lo que ya, para nuestra alegría, nos había sido remitido gracias a la penitencia.

3. Así pues mientras tenemos tiempo y podemos alcanzar el perdón, y mientras el juez tiene paciencia y el que examina las culpas aguarda nuestra conversión, ablandemos con lágrimas la dureza de nuestro corazón, suscitemos en nosotros sentimientos de bondad para con el prójimo. Entonces digo con toda certeza que después de la muerte no nos hará falta la hostia salvífica, porque ya antes de la muerte hemos sido nosotros mismos una hostia para Dios.

FIN DEL LIBRO CUARTO